

FBI



**MORTIMER
CODY**

**LOS
PeQUEÑOS
ASESINOS**



© Mortimer Cody

Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S.A.

Pinto (Madrid)
España

Printed in Spain.

D. L. M. 28.780-1973
ISBN 84-04-01872-3

GRAFICAS LORMO - Isabel Méndez. 15 - MADRID - 18

MORTIMER CODY

LOS PEQUEÑOS ASESINOS

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S.A.
Pinto (Madrid)
España

CAPÍTULO I

A juzgar por su actitud, aquel hombre, Germán Ponzano, se encontraba en plena euforia, a causa del champán. Ponzano, tal vez, sería capaz, en aquellos momentos, de confundir un zopilote horrendo, sucio y fúnebre, con un vistoso colibrí.

Aquel club, el «Arima», en Puerto España, Trinidad, poseía las mejores cualidades para que Ponzano se sintiera feliz y eufórico; un lugar con aire acondicionado, con música de «calipso», con despampanantes bailarinas de cintura formada por muelles, aparentemente...

Pero lo mejor estaba junto a Ponzano; lo mejor era aquella cuarterona de impresionante cuerpo, y un rostro esclarecido, exótico, con unos enormes ojos negros llenos de misterios; ojos que parecían encerrar incluso todos los secretos del «vudú».

La cuarterona se llamaba Begoña, y... estaba siendo amable con Germán Ponzano. A Begoña le hacía sonreír la euforia de Ponzano, aquella embriaguez alegre... Begoña y Ponzano estaban juntos, en aquella mesita redonda, con el cubo de hielo y la botella de champán sobre ella. Ponzano empezaba a dar muestras de un súbito cariño hacia Begoña...

Le acercaba los labios al cuello, al rostro...

—¿Cuál es tu precio? —inquirió, con la boca casi pegada al oído de ella, Ponzano, con una voz, con un tono, que derrumbaba cualquier impresión sobre su alegre borrachera.

Ella se separó un poco, sonriente; le miraba con cierta ironía a los ojos; los de Ponzano eran tan negros como los de Begoña, pero más duros, fríos, escrutadores, en aquellos momentos.

—¿Precio, Germán? —susurró Begoña.

—Eso es muy vulgar... Un hombre y una mujer, en ciertas

circunstancias...

—Basta, Begoña. No tergiverses las cosas —cortó Ponzano, pero sonriendo, casi bobalicón, entonces—. Sabes a qué me refiero; lo que quiero comprar son tus confianzas; ya conoces el asunto.

—¿No estás borracho, entonces, querido? —sonrió Begoña.

—Ya ves que no.

—Bueno..., de todos modos, no creo que este lugar sea el más apropiado para hablar, para... concretar... —dijo Begoña.

—¿Qué lugar te parece adecuado?

Begoña vaciló unos instantes; dejó que él la besara en el cuello, mientras reflexionaba.

—Creo —dijo, por fin—, que lo mejor será ir a mi apartamento, Germán. Es el lugar más discreto que conozco.

—Está bien; cuando quieras.

—¿Ahora mismo? —inquirió Begoña, sorprendida.

—¿Por qué no?

—Por nada especial... Mientras abonas la cuenta, iré al tocador a... recomponer un poco mi aspecto... ¿De acuerdo?

—No tardes.

—No te preocupes. Y por favor, sigue fingiendo ese estado tuyo; casi resulta agradable.

Begoña, entonces, empezó a ponerse en pie, y Ponzano fingió bien su torpeza, cuando quiso ayudarla a retirar la silla. Begoña iba hacia los tocadores, pasando por el borde del escenario circular, donde las bailarinas hacían de ventiladores con sus tiras de tejido, que les servían de falda; dos negritos jóvenes se contorsionaban al fondo, al ritmo de la música.

Ponzano escandalizó un poco llamando al mozo; pagó, se puso en pie, casi derribó una silla. Encendió un cigarrillo, y echó un vistazo de conjunto al local, sin descubrir ninguna señal de alarma. La gente no parecía fijarse mucho en Ponzano, pese a que éste, a sus cuarenta años, resultaba un tipo viril, agradable; con canas en los aladares, el resto de la cabellera muy negra; atlético; elegante con aquel traje claro... Sólo que en Trinidad y en el «Arima», se veían muchos hombres como Ponzano.

Por fin, apareció la cuarentona. Suelto el cabello, brillantes los labios, con el escote hasta el ombligo, con unos movimientos naturales mareantes...

Ponzano rodeó la esbeltísima cintura de Begoña con un brazo, y salieron del local muy juntos. Desembocaron en Scarborough Avenue, frente a Bahía Maracas, en la playa de Puerto España; la doble hilera de cocoteros emitía un susurro continuo a causa de la brisa húmeda, cálida. Las hileras de luces se perdían en el marco de la bahía.

Caminaron hacia el «*parking*» donde tenía Ponzano su auto, modernísimo, brillante. Ya casi junto al coche, Begoña dijo:

—Puede soltarme, Ponzano. Ya nadie nos ve.

—Es una lástima... —suspiró Ponzano, aunque con cierta ironía.

—En verdad, no lo parece. Pero dejemos eso. ¿Cómo ha sabido que yo puedo contestar a algunas preguntas? —inquirió Begoña.

—Ya hablaremos, ¡sube!

—Sí...

Ponzano había abierto la portezuela correspondiente al asiento contiguo al del conductor. Begoña tomó asiento. Cruzó las piernas, y el suave moreno de su piel brilló, al descubierto. Ponzano rodeó el morro del auto, y se sentaba frente al volante instantes más tarde. Antes de poner el coche en marcha, encendió un cigarrillo, ofreciendo a la cuarterona, que aceptó.

Con el cigarrillo entre los labios, y cerrado un ojo para evitar la irritación del humillo, Ponzano puso el auto en marcha, saliendo del «*parking*» tomando la avenida a continuación.

—Hacia Araguao, Ponzano —dijo Begoña.

—Sí, ya sé...

—¿Ha espiado mi apartamento?

—No es eso, exactamente. Pero algo tenía que hacer para luego poder abordarla, Begoña —dijo Ponzano.

—Entiendo...

Iban hacia el sur, hacia el golfo de Parias.

Habían dejado atrás las hileras de luces, y los cocoteros; lo que se divisaba era brillo de humedad, una luna que parecía ir a caerse del cielo, y un reflejo rosado sobre las aguas del mar.

En total, unos quince minutos de recorrido, hasta llegar a la soledad más completa de la carretera, sin vistas aún al barrio de Araguao.

Y fue entonces cuando Ponzano, que se había dedicado a una meditación intensa, notó un ligero movimiento a su espalda; antes

de que pudiera pensar sobre el significado de aquél, la boca de una automática se posaba con suavidad sobre su nuca. Una voz decía:

—Frene, Ponzano.

Ponzano, sin descomponerse, aunque mirando de soslayo a la bella Begoña, fue reduciendo la velocidad del coche, hasta dejarlo detenido junto al borde derecho de la calzada.

—¿Qué significa esto, Begoña? —inquirió por fin, sin mirarla directamente, puesto que tenía que girar el cuello, y consideró peligroso cualquier movimiento, dada la amenaza de la automática.

—Ya lo sabrá, Ponzano —dijo Begoña.

Ponzano abrió la boca, y fue sorprendido entonces. Un mulato apareció por detrás, con algo en la mano derecha; algo que desprendía un fuerte olor; algo que aplicó con fuerza, rodeando el cuello de Ponzano con el brazo izquierdo, a la boca de éste. Ponzano, que tenía la boca abierta, no pudo evitar el hondo aspirar, y el narcótico hizo efecto casi de inmediato, mientras que el mulato insistía, observado por Begoña y el hombre de la pistola.

—Creo que ya está, Discépolo —dijo Begoña—. Colocadle en los asientos traseros. Tú, Wojtyla, conduce.

Wojtyla guardó la pistola; se apeó por la izquierda. Mientras el mulato Discépolo lo hacía por la derecha. Coincidieron para sumar el esfuerzo que suponía sacar a Ponzano de su asiento, y dejarle en los posteriores, bajo la custodia de Discépolo. En cuanto a Begoña, no se había movido; no se tomó la menor molestia.

La operación del traslado de Ponzano atrás duró un par de minutos. Wojtyla, luego, ocupó su puesto frente al volante, y el auto partió, con suavidad primero, y velozmente más tarde, carretera adelante, pero tomando luego un desvío, sin llegar a Aragua. En realidad, daba la impresión de que regresaban a Puerto España.

Nadie despegaba los labios. Parecía, en realidad, que nadie de allí tenía la palabra sobre lo que pudiera ocurrir en lo sucesivo con Ponzano.

Sí..., era un zopilote... Un pájaro sucio y fúnebre, sí... Y estaba aleateando, muy cerca de él... Debía haberle estado picando, ya que Ponzano notaba diversos dolores, difusos, ciertamente, ya que su conciencia no era total. Picotazos; muchos picotazos... Y allí estaba, aleateando frente a sus ojos...

Ponzano cerró los ojos un instante, y luego los volvió a abrir.

Pues no. No era un zopilote. Lo que estaba viendo eran las pupilas de aquel hombre... Unas pupilas negras y borascosas; aquellos ojos semioblicuos, aquella tez amarillenta...

—¿Cómo se siente ahora, Ponzano? —Oyó.

Ponzano tragó saliva; se mareaba...

—¿Mejor? —insistió aquel hombre.

—No sé... ¿Quién...?

—Ya ha debido adivinarlo. Soy Jean Kim Souhwan. ¿No me buscaba, acaso? Debería sentirse feliz. No todo el mundo ha tenido el privilegio de hallarme... —el coreano-francés rió, de pronto y agregó—: Veo que se va recuperando...

En efecto, Ponzano había palidecido intensamente, con lo cual destacó con mayor horror el rojo de la sangre que rodaba, a arroyos, por todo el rostro. Sí, recordaba... Le habían conducido a algún lugar, y le estaban torturando, haciéndole preguntas... No había respondido a ninguna, que recordase... A ninguna.

Y veía más gente. Discépolo, Wojtyla, Ketelby...

—Discépolo —llamó Jean Kim Souhwan.

El mulato se adelantó; llevaba algo en la mano derecha, que colocó ante los ojos del atónito Ponzano, quien, al recordar lo que Discépolo le mostraba estuvo de nuevo al borde del desmayo. Y entonces, sí identificó plenamente uno de los muchos dolores que sentía; allí en la zona auricular derecha...

Su oreja estaba en manos de Discépolo, que la mostraba con absoluta impasibilidad en aquel rostro odioso, de abultados labios.

—¿Seguimos, Ponzano? —inquirió Souhwan, entonces, con un tono amable, conciliador.

Ponzano carecía de voz en aquellos momentos.

Parecía hipnotizado mirando su propia oreja en manos de Discépolo.

Ante la ausencia de respuesta de Ponzano, Souhwan hizo un gesto, y Discépolo se situó detrás de Ponzano. Éste, desesperado, quiso volverse, y fue cuando notó que estaba fuertemente atado; el movimiento hubiera podido estrangularle, ya que su cuello estaba rodeado por finos alambres, que en aquellos momentos apretaban, asfixiaban... Notó que le tocaban la oreja izquierda.

—¡Nooooo...! —gritó—. ¡No...! ¡Basta!

Y quedó sudoroso, respirando fatigosamente, con las pupilas

dilatadas a causa del miedo.

Jean Kim Souhwan, entonces, hizo una especie de reverencia. El coreano-francés era un tipo pequeño, esmirriado, de misteriosa expresión. Vestía con elegancia un traje color crudo, y una camisa estampada, con corbata; su cabello era muy negro, liso; su rostro, casi imberbe, pero con algunas arrugas, hacía muy imprecisa su edad.

—Lo celebro por usted, Ponzano —dijo—. Entonces, por favor, responda a mis preguntas. He tropezado ya con algunos enemigos mortales, y quiero saber a qué atenerme esta vez. ¿Por cuenta de quién actúa usted?

—Del... del

F. B. I.,
de Washington... —susurró Ponzano.

Pareció aletear, una vez más, un zopilote en los ojos de Souhwan. Su mirada estaba muy fija en los ojos de Ponzano.

—Si eso es cierto —murmuró Souhwan—, esta vez mi enemigo es de considerable talla.

—Es... es cierto...

—¿Usted pertenece a esa organización de Washington, Ponzano?

—No exactamente.

—Explíquese —ordenó, con tono seco, Souhwan.

—Soy..., soy jefe de red, para la Soberanía de Trinidad y Tobago... —musitó, perlado el rostro con gruesas gotas de sudor, que se mezclaba con la sangre, Ponzano.

—Nada menos que jefe de red... Magnífico, Ponzano. En este caso, cuento con ustedes para asestar un golpe definitivo a un poderoso enemigo. Le explicaré lo que pienso... Usted, siendo jefe de red, debe disponer de alguna organización; de hombres, de refugios... Sin duda, dispone también de algún arsenal. Es lo lógico, cuando se pertenece a una gran potencia, que no ahorra dinero en cuestiones de espionaje. ¿Me ha comprendido? Quiero todos los detalles de su red en Trinidad y Tobago.

Ponzano cerró los ojos.

Con toda sinceridad, Ponzano, en aquellos momentos, hubiese pagado una fortuna por morir a tiempo... Por supuesto, comprendía a Souhwan; iban a torturarlo hasta las últimas consecuencias, a menos que él desvelase todos los secretos de su red; ello suponía, es

obvio, una amenaza de muerte, de destrucción, contra toda su gente... Y él sería un cochino delator...

—Creo estar siguiendo su proceso mental, Ponzano —dijo Souhwan, de pronto—. No piense en los demás; lo inteligente, en la situación en que se halla, es pensar en usted mismo. También es lo más humano, se lo aseguro. Aguardo sus respuestas. Nombres, refugios, particularidades... No silencie ningún dato; quiero saberlo todo sobre usted y su organización aquí. Adelante.

—Aunque se lo diga..., aunque usted lo destruya todo... —jadeaba Ponzano—, es inútil... El

F. B. I.,

no abandonará...

—Sí, tengo referencias al respecto. No obstante, concrete este punto. ¿El

F. B. I.,

le envió expresamente contra mí, o usted buscaba algo y dio conmigo?

Ponzano apretó los labios.

Otra vez los zopilotes fúnebres en los ojos del coreano...

—Responda.

La boca de Ponzano era una línea pálida; había cerrado los ojos, además.

No vio, pues, la seña que hizo Souhwan.

Y, por supuesto, el hecho de tener los ojos cerrados y la boca apretada no mitigaba el dolor. Fue algo lacerante, en la zona auricular izquierda; a continuación, notaba como una especie de arroyo caliente en el cuello, por aquella parte; el líquido que resbalaba por el cuello, hombro, brazo...

—No sufra innecesariamente, Ponzano... —decía Souhwan.

Los latidos de dolor, en su cabeza, eran monstruosos.

De súbito, sin saber exactamente cómo ocurría, ni cuándo, sintió que daba una extraña vuelta sobre sí mismo; esperaba estrellarse de cabeza contra el suelo, pero no ocurrió; se balanceaba, suspendido del techo, por los pies, con cadenas...

—Hábleme de su refugio, de su gente, de su organización.

Silencio.

Ponzano creía que no ocurriría nada pero salió de su error cuando notó que las piernas empezaban a separarse; se iban

extendiendo con un conato de dolor atroz, que le hizo lanzar un sordo rugido de angustia. Entonces el mecanismo que le separaba las piernas pareció detenerse.

—Puedo partirle en dos con toda facilidad... y, lo peor, es con una lentitud aterradora, Ponzano —dijo Souhwan—. ¿Ha recobrado ya la memoria?

—E-el... el refugio está en... en el 90 de Saint George Street... Es un almacén de artículos de goma y caucho... —susurró, con voz muy ronca, quebrada.

—Hábleme de sus hombres.

—M-me... me esperan allí esta noche...

—¿De veras? ¿Todos?

—Sí... Yo tenía que sonsacar a Begoña y..., y forjar un plan de acción...

—Contra mí, es claro. Y ellos están allí, aguardando su llegada. ¿Es eso, Ponzano?

—S-sí... Sí...

—Están armados, naturalmente.

—Sí...

—¿Hay más de una entrada en ese refugio?

—Hay..., hay un patio, y... un garaje...

—Magnífico. ¿Le esperaban a una hora determinada?

—No... Yo no podía precisar cuándo terminaría con Begoña...

—Es lógico, Ponzano. Ahora, cuidaremos de usted, un tanto mientras confirmamos cuánto nos ha dicho.

Sin más, giró, y echó a andar hacia la salida de aquella estancia; un lugar rústico, sombrío, húmedo. Un lugar que nada tenía que ver con el pasillo al que se llegaba, tras subir un tramo de escaleras. Un pasillo de palacete; amplio, bien iluminado, con finísimo mosaico. De allí, el coreano-francés pasó a una estancia, donde la comodidad y el lujo se fundían. Sillones magníficos, ventanales con preciosas cortinas; una lujosa mesa-escritorio, cuadros, biblioteca...

Souhwan, además, debía ser un gran administrador de los peces, ya que al fondo de aquella estancia tenía una especie de pecera, empotrada en el suelo; una pecera simulando un arroyo; incluso había un diminuto puente.

Allí, había peces de colores de varias especies.

Souhwan se encaminó hacia aquella pecera, de más de seis

yardas de longitud; sobre el puente, como siempre, había un pedazo de pan, que el coreano, mientras pensaba, convertía en migas que iban a parar al agua; y mientras acudían los peces, con sus colores, con sus fulgurantes movimientos, Souhwan, como fascinado por el espectáculo, pensaba.

Aquella vez, llegó pronto a una conclusión. Sabía que detrás de él estaba Wojtyla, por lo que, sin volverse, dijo:

—Id a por ellos, Wojtyla. Que no escape nadie.

Luego, los metéis en cualquier barca de pesca, y al mar con todos. ¿De acuerdo?

—Usted manda, Souhwan.

—Quiero tus noticias cuanto antes.

Y no dijo más.

CAPÍTULO II

—¿U N cigarrillo, Quenton?

—Gracias, señor.

El inspector Sherer, subjefe de la sección de Asuntos Especiales del

F. B. I.,

en su despacho, extrajo el paquete de cigarrillos, y el agente especial Quenton Braden ofreció fuego.

—Se trata de un asunto que está tomando un feo cariz, Quenton —dijo, de pronto, sin más preámbulos, el inspector Sherer—. Te supongo enterado de los dos sabotajes que hemos sufrido en sendas industrias de aluminio de nuestro país.

—En efecto, señor. Terribles explosiones...

—Sí. Nos extenderemos sobre eso luego. Al mismo tiempo, en dos países sudamericanos, amigos, se han producido hechos parecidos..., por no decir idénticos. Han sido atacadas industrias básicas de esos países. Esos sabotajes han supuesto importantes pérdidas. Es obvio que tratamos de evitar seguir sufriendolos.

—¿Han cambiado impresiones con esos países afectados, señor?

—Pues sí...

—¿A qué nivel? —inquirió Quenton Braden.

—De un modo extraordinario, tan sólo. Sé que los respectivos servicios de contraespionaje están trabajando... al igual que nosotros. El éxito, hasta el momento es nulo... por lo que respecta a esos países.

—¿Y en cuanto al nuestro, señor?

—Ya es otra cuestión, Quenton. Nosotros no sólo no hemos tenido éxito, sino que hemos sufrido un considerable revés, en Trinidad y Tobago. Nos han destrozado la red allí. Nuestro enlace

en Puerto España era Germán Ponzano. Disponía de seis colaboradores. Pues bien: cinco de ellos han aparecido muertos, asesinados, en el mar, en una barca de pesca, a la deriva, más cerca de Venezuela que de Trinidad, aunque este dato carezca de importancia.

La mirada color plomo de Quenton parecía interrogar al inspector Sherer.

—Sé qué estás pensando, Quenton. Vas a preguntar por Ponzano y por el colaborador restante —dijo el inspector.

—Así es, señor...

—No sabemos lo ocurrido con Ponzano, aunque imaginamos lo peor...

—¿Qué sería lo peor, señor? ¿Una traición, o...?

—Descartemos esa posibilidad. Ponzano era adicto leal; un hombre de absoluta confianza. Lo peor, en este caso, es que le hayan asesinado también..., previa tortura. No es más que una conjetura por mi parte, pero con grandes probabilidades de ser cierta, verdadera.

—Asesinado Ponzano, cabe; es lo más lógico —dijo Quenton—. ¿Qué hay del sexto colaborador?

—Bueno..., era sólo ocasional, sin grandes vínculos, Quenton. Se trata de una mujer: Sandra Gyss. Puesto que irás a Trinidad, desde este momento ve pensando sobre la conveniencia o inconveniencia de ponerte en contacto con ella..., si vive. No estamos seguros de eso. Por lo demás, ella no puede ponerse en contacto con nosotros; ya digo que es una colaboradora sólo ocasional.

—Comprendo. Eso lo veré sobre el terreno.

—Bien, pasemos a otra cosa. Ponzano mandó un mensaje en clave, que es bastante completo. Al parecer, Ponzano, en Puerto España, descubrió al hombre capaz de conseguir que esas explotaciones, esos sabotajes, en nuestro país, y amigos, sean posibles. Al respecto, Ponzano no profundiza; es decir, no explica cómo y por qué considera esa posibilidad. Pero se extiende bastante en cuanto a ese hombre; es un coreano-francés llamado Jean Kim Souhwan.

—¿Y vive en Puerto España?

—Sí.

—¿Y desde allí consigue la realización de esos sabotajes?

—Eso es lo que no está claro, Quenton. Pero Ponzano afirma que la intervención de Souhwan es decisiva.

—Supongo que Ponzano se aseguraría —dijo, un tanto escéptico, Quenton.

—Creo que sí... ¿O acaso no te demuestra nada el hecho de su desaparición, y la matanza de sus colaboradores? ¿No te indica que Ponzano no se hallaba sobre la auténtica pista?

—Debo admitir que sí, señor... No obstante, cuesta creer que Jean Kim Souhwan, residente en Puerto España, sea capaz de movilizar los grupos de sabotaje que han actuado. O, en otro caso, Souhwan sería hombre de un poder muy digno de consideración.

—Puede que lo sea. Pospongamos esto, ahora. Vayamos a aclarar detalles y datos sobre las explosiones.

—Antes, una cosa, señor: ¿Ningún servicio secreto se ha movido cerca de Souhwan? ¿Tenemos noticias al respecto de esos dos países amigos perjudiciales?

—Ya te he dicho que sólo ha habido conversaciones extraoficiales. Ningún plan conjunto, si es eso lo que querías saber. Dicho de otro modo: cada uno hacemos la guerra por nuestra cuenta. Y..., quizás sea mejor así, Quenton. Ten en cuenta que Souhwan, de ser el responsable, se halla localizado en un país neutral..., en el explosivo Caribe.

—Comprendido, señor: la guerra por nuestra cuenta.

—Iré más lejos... —sonrió, levemente, el inspector Sherer—, en esta ocasión, será por «tú» cuenta. Única y exclusivamente por tu cuenta, Quenton. ¿Entiendes lo que quiero decir? Carta blanca. Espera aún, porque... hay más todavía: tu objetivo es Souhwan. La orden es de ejecución.

El rostro de Quenton no pareció alterarse lo más mínimo.

—Iba a aclararme detalles sobre las explosiones, señor —dijo el agente especial, por todo comentario.

—Sí... Esas explosiones, esos sabotajes, han dejado un rastro. Nuestros expertos son capaces de dictaminar cosas asombrosas... Pero vayamos al grano: halladas señales del explosivo empleado, he aquí el informe de nuestros Laboratorios: amilosa de almidón, en polvo. Ése es el explosivo utilizado. Su gran poder ha quedado de manifiesto. Los sabotajes en nuestro país, y en los otros dos, sudamericanos, se han llevado a cabo con amilosa de almidón, en

polvo.

—¿Sin más ingredientes? —inquirió Quenton, en apariencia sorprendido.

—Uno solo más... Oxígeno —fue la respuesta del inspector.

—Veamos si comprendo...

—Yo te explicaré —cortó el inspector—. Las concentraciones de ese polvo, al contacto con el simple oxígeno del aire, estallan con la violencia cuyos resultados hemos comprobado. Creemos que el polvo de amilosa de almidón fue lanzado a presión, a chorros... Al concentrarse, estalló. Pese a todo, es... admirable. Son procedimientos baratos, y de resultados óptimos. Sin embargo... digamos que para conseguir esas peligrosas concentraciones de amilosa de almidón, es necesaria una gran cantidad de esa sustancia... ¿Lo comprendes?

—Sí, señor. Toneladas de polvo de amilosa.

—Justo: toneladas. Eso requiere un transporte adecuado, ¿vas viendo?

—Creo que sí. No se ha detectado la entrada en el país de esas importantes cantidades de amilosa.

—Exacto. No sabemos cómo entra, ni por dónde. Requiere, eso es indiscutible, un transporte sólido; quizás en grandes buques... No creo que tengan la paciencia suficiente para ir introduciendo pequeñas cantidades... Ha de ser en medios de gran tonelaje, Quenton.

—Que no han sido detectados...

—Por raro que te parezca, así es. Sospechamos, por el mensaje último de Ponzano, que Souhwan es el hombre que manipula y transporta la amilosa de almidón en polvo, bien; almacenada, y a cubierto del riesgo de explosión. Esa sospecha tú deberás convertirla en certeza. Hay que anular a Souhwan, exterminarle, destruirle a él y a su organización. Al respecto, debo decirte que esta vez cuenta con una ventaja; no tendrás que demostrar nada ante ningún jurado. Si Souhwan es culpable, actúa. Es... una ventaja relativa, claro, pero es importante saber a qué atenerse.

—Hablemos ahora de Souhwan, señor.

—Ven.

El inspector se puso en pie, imitado por Quenton Braden.

Los dos hombres se dirigieron a la estancia contigua al despacho

con comunicación desde el interior de éste. Bastaba abrir una puerta para quedar en una habitación que el inspector utilizaba a veces para descansar un poco, para relajarse y pensar. Un cuarto sencillo, con un

sofá-cama,

plegable; había otros dos sillones, tocadiscos una mesa.

El inspector estaba ante la mesa.

Quenton miraba con interés aquella maqueta.

—La maqueta ha sido construida a la vista de una serie de fotografías que Ponzano mandó con el mensaje, Quenton —dijo el inspector—. Siento no poder decirte la escala a que ha sido construida, puesto que desconocemos las dimensiones reales... Pero todo lo que ves, es una reproducción fiel de los exteriores del palacete de Souhwan.

Quenton la examinó unos instantes; empezó a fruncir el ceño.

—Se supone que Souhwan habita en la torre central, señor —dijo.

—Sí.

—Pero..., esto parece inexpugnable... —musitó Quenton.

—Ésa es la impresión que produce, en efecto.

El agente especial, aun ceñudo, siguió examinando la maqueta. El recinto del palacete, con jardín en torno, estaba protegido por altos muros. Rodeando la torre central, había otras construcciones, desde las cuales, sin remisión, cualquier persona sería vista. La torre central, en realidad, incluso producía la impresión de ser una fortaleza; sólo en la planta había, a un lado, grandes ventanales. En el primer piso, las ventanas eran casi ridículas, y sin nada que pudiera facilitar un acceso hacia ellas. En el segundo piso, la azotea, y salida de chimeneas, estaba constituido por vertientes de pizarra, en ángulo muy cerrado; imposible permanecer allí, o buscar por ellas un punto de acceso.

—¿Qué significa esa cruz bajo la ventana del primer piso? —inquirió Quenton.

—Es la habitación privada de Souhwan; su dormitorio.

—Ya... Vigilaba, vista desde prácticamente todo el recinto del palacete.

—Eso parece, Quenton.

El agente especial esbozó una leve sonrisa, entonces.

—Lo sé, Quenton... No sé si te parecerá suficiente, pero a excepción de la invisibilidad, dispondrás de todos los medios que necesites. Al respecto, dedícate a estudiar la maqueta y, en general, los datos que poseemos sobre Souhwan. Están anotadas las distancias al mar, a la carretera, a la ciudad de Puerto España... Ahí tienes el mapa de Trinidad, de la isla. Estúdialo. No hay plazo.

Quenton pareció olvidar su conato anterior de desolación; miraba con sus pupilas color plomo todo aquel complejo, en busca de la grieta... que parecía no existir.

—Está bien, señor —dijo—. Necesitaré documentos sobre Trinidad; clima, flora, fauna, costumbres, vestuario, menguas...

—Confecciona una lista. Y..., considera esta habitación como tu casa, hasta el momento de partir.

Era una tarde en verdad sofocante, pese a que, a juzgar por los charcos y la humedad del ambiente, hacía poco que había caído un chaparrón; suele ocurrir en Trinidad; por sorpresa. Uno se encuentra en el Lido, en la playa de la bahía de Maracas, achicharrado al sol, y, de pronto, empiezan a espesarse las nubes, y cae la más densa cortina de agua que imaginarse pueda.

Luego, todo son insectos, más humedad y más calor.

En el viejo taxi, que desde el aeropuerto de Piarco, a unas dieciséis millas de la ciudad. Puerto España, conducía el hombre del F. B. I.,

éste, al adentrarse en el barrio portuario e industrial, con las modernas torres de refinería de petróleo sobresaliendo, dominando el panorama, iba contemplando las calles frontales al puerto.

Si fuese la primera vez que Quenton Braden hubiese visitado Trinidad, no cabía en sí de asombro, al ver a aquellos negros y mulatos sentados en mojones, formando corros, o, simplemente, sentados en los muelles, improvisando, con una lata de gasolina vacía, una barra de hierro, y unos palos, formidables «Calipsos».

O el asombro de ver reuniones de viejas, auténticas viejas de cien años, o incluso más, en el barrio de pescadores, con sus pipas de arcilla en la boca, desdentada, arrugada, con apariencia de ser incapaces de sostener las largas pipas.

—Pare aquí...

—¿Aquí? —inquirió asombrado, el taxista, un mulato

sexagenario.

—¿Tiene algo de malo este lugar? —inquirió Quenton.

—No sé... Pero todo es relativo, ¿verdad? Por lo pronto, la carrera desde el aeropuerto le cuesta sesenta dólares triniteños..., señor —dijo, con claro sarcasmo.

Quenton, impasible, le pagó con treinta dólares americanos; justo el importe. Agregó cinco dólares de propina, y salió del renqueante taxi con una maleta. El taxista le miró aun unos instantes, y luego se encogió de hombros. El viejo mulato estaba decepcionado; creía haber conducido en su taxi a un caballero, y resultaba que el tipo elegía el viejo barrio; lo barato, lo misterioso, lo nocturno, lo sórdido... La zona de las «spoats» y de los «saga-boys»...

Quenton esperó que el taxi se alejara un poco; tomó la maleta que había dejado sobre la estrecha y húmeda acera, y luego se metió en un establecimiento de aquella calle; como mucha gente. No era más que un pasillo, con lavanderías y un supermercado, que daba a la calle de atrás.

Simple precaución. La calle a la que salió el hombre del F. B. I.,

con un plan muy estudiado, coordinado..., en espera de posibles variaciones de acuerdo con los acontecimientos, era Jameson Street, con sesenta y tres pensiones en trescientas yardas escasas. Uno cerraba los ojos, echaba a andar, y acababa en una pensión.

Luego, en un cuarto donde lo más fácil es morir de calor. Pero daba la provisionalidad de la estancia en aquella pensión, Quenton no se entretuvo en revisar detalles ni pensar en comodidades. De allí sólo quería una ducha, poder cambiarse la ropa, e iniciar ciertas gestiones.

Tuvo que hacer tiempo, ya que cuando terminó era aún de día; se limitó a fumar un par de cigarrillos, pensando.

Luego, tras echar un vistazo a la maleta, aplastó la colilla del último cigarro en el cenicero, y decidió salir. Llevaba un pantalón fresco, gris, y un polo azul; una cazadora disimulaba la presencia de su automática en el costado izquierdo.

Una vez en la calle, mezclado con la gente, se dirigió al lugar donde el tranvía nocturno tiene su parada; un tranvía convencional, que da una vuelta a la ciudad, con no mucha rapidez; la gente tiene

tiempo de ir conociendo lo más sobresaliente; la playa, el puerto, el Jardín Botánico, el Parque Victoria...

Tras apearse del tranvía, Quenton se metió en una calle; vaciló un poco, pero se orientó hacia el norte. Hasta llegar a una avenida amplia, construida casi en su totalidad por «*bungalows*», en el barrio de Boca.

Poco después, se encontraba en el «*bungalow*» que ostentaba el número 960 de la Avenida; puesto que estaba un poco empinada, podía verse desde allí el mar; los puntos brillantes de la superficie de éste, las hileras de luces de Scarborough Avenue.

Había llamado a la puerta, y esperaba. Se veía luz, por lo que no se impacientó, ni insistió.

Medio minuto más tarde, se abría la puerta, con cierto sigilo. Asomaba una cabeza, un rostro de cuarterona, esclarecido; un cabello negro, liso, muy brillante, largo; unos ojos que se redondeaban.

—¿Sandra Gyss? —inquirió el hombre del

F. B. I.

—S-sí...

—¿Podemos hablar?

La mujer se mordía el labio inferior; vacilaba visiblemente. Por fin, dirigió una recelosa mirada a la calle, a ambos lados, y musitó:

—Pase...

Cuando Quenton Braden entró, entendió un poco mejor la reserva de Sandra Gyss a mostrarse. Debía estar moribunda a causa del húmedo calor de la isla... Todo lo que llevaba, que era muy poco, resultaba vaporoso, fresco.

CAPÍTULO III

LE había dicho:

—Pase aquí; siéntese. Le ruego que aguarde un minuto.

Dejó a Quenton en una estancia, y ella la abandonó, seguida por la mirada del hombre del F. B. I... A Quenton no le molestó ahorrarse esfuerzos de imaginación; eran innecesarios. Las ropas de Sandra Gyss y sus movimientos, por añadidura, completaban la sugestión de un cuerpo espléndidamente formado; con la piel de un suave tinte moreno, tersa, joven.

Quenton, luego, echó un vistazo en torno. No parecía que Sandra Gyss viviera en un palacio ni, por ende, como una reina. Más bien todo aquello era un poco modesto. Incluso el ventilador era tan anacrónico como las aspas que cuelgan de un techo, y que giran con pereza...

Ella regresó. Todo lo que había hecho fue ponerse por encima un minivestido amarillo, cuya falda le llegaba a las ingles.

Se sentó frente a Quenton.

Empezó a estrujarse las manos, y dijo:

—¿Le envía Ponzano, señor? Algo ha tenido que ocurrir...

—Acabo de llegar de Washington, Sandra.

Ella pestañeó; primero, sorprendida. Luego, pareció encogerse.

—¿De... Washington...? —susurró—. Entonces, usted pertenece al
F. B. I.

—En efecto. Quenton Braden. ¿No sabe lo ocurrido con Ponzano?

Ella negaba con lentos movimientos de cabeza.

Parecía nerviosa; parecía sentir miedo.

—Hace cuatro días me llamó por teléfono, usando la clave de

costumbre. Me dijo que podía necesitarme, que estuviera preparada... No he vuelto a tener noticias suyas —murmuró Sandra—. Imaginé lo peor... ¿Me he equivocado, señor Braden?

—No. Y no sólo ha caído Ponzano, sino toda su organización..., excepto usted.

—Yo sólo había trabajado alguna vez para él... Y ahora..., debo confesarle algo, señor Braden: tengo miedo. Creo que no debí meterme en líos...

—Se entiende que lo hizo por dinero.

—Sí, claro...

—Puede seguir ganándolo, Sandra —dijo Quenton.

—Yo..., No. No, no... Lo he pensado bien estos días... No quiero seguir, señor Braden. No sé si usted lo comprenderá, pero yo me he dado cuenta de que tengo unos límites muy cortos; exiguos. Prefiero..., seguir con la clase de vida que pretendía abandonar... He estado temiendo que vinieran también a por mí; parece que no me conocen, que nada saben de mí. No obstante, es una lección para mí... Estaba proyectando marcharme de Trinidad.

Quenton la miró atentamente; rostro, boca, ojos... A Sandra Gyss le producía la impresión de que de las pupilas de aquel hombre brotaban gotas de plomo fundido, que la iban abrasando.

—Usted es dueña de su vida, Sandra —dijo, por fin, Quenton—. No obstante, espero que no se niegue a informarme sobre los últimos pasos de Ponzano.

—Es que lo ignoro, señor Braden... Es la única verdad. La confianza que Ponzano depositaba en mí era... relativa... No me daba muchas explicaciones, ni yo las pedía. Me mandaba, a veces, robar algo; o vigilar a alguna persona... También me ha utilizado para... entretener a algún enemigo... Cosas sencillas, que encajan con mi modo de vivir...

—¿No le habló de Jean Kim Souhwan?

—No... ¿Quién es?

—¿No le dijo qué quería de usted?

—No, no... Me citaba por teléfono, pero nunca me hablaba del asunto por el aparato; por discreción, supongo.

—Sí, comprendo. ¿Usted conocía el refugio de Ponzano?

—Desde luego.

—¿Ha estado allí?

—Hace dos meses desde la última vez.

—Entonces, no se ha interesado por lo ocurrido últimamente.

—Tuve miedo... Pensé que si me acercaba y era vista...

—Temió el peligro, claro. Resumiendo, Sandra: lo ignora todo.

—De lo concerniente a este asunto, sí.

—Tampoco se siente con fuerzas para seguir colaborando.

Volvió a estrujarse las manos.

—Lo siento... —musitó—. Tengo miedo, es la única verdad. Prefiero seguir con mi vida de siempre; mi vida nocturna...

—¿Trabaja en algún lugar determinado, Sandra?

—No, no... Mi campo de acción es muy amplio... Debo informarle sin embargo de que me muevo por los ambientes más altos. Aunque..., hacerlo por esos ambientes, o por los años, es sólo cuestión de matiz, ¿verdad?

El hombre del

F. B. I.,

no expresó su opinión.

Parecía estar reflexionando.

—Me desprecia, señor Braden, ¿no es así? —musitó Sandra.

—No...

—Entonces, me ignora.

—Yo buscaba algo de usted, Sandra; algo muy definido. Lo demás no importa... —Se puso en pie—. De todos modos, puede averiguar algo sobre Jean Kim Souhwan, sin comprometerse, hágalo. Me encontrará en el hotel Commodore, en Scarborough. Quiero aclararle algo, por si se decide: conozco parte de lo relativo a Souhwan; me —teresa, en todo caso, todo cuanto haga referencia a su vida... conocida, pública; actividades comerciales o industriales... ¿Comprende, Sandra?

Ella hizo gestos de duda.

—No me comprometo, señor Braden... Lo siento...

—Pero no lo olvide. A veces, el azar es importante.

—Eso es cierto...

—Entonces, buenas noches.

Ella empezó a ponerse en pie.

—Señor Braden, siento que...

—No se preocupe. Pensándolo bien, quizás sea lo mejor para usted abandonar Trinidad.

—Lo sé, lo pienso, ya se lo he dicho. Pero..., meterme ahora en ambientes extraños, desconocidos...

—Parece difícil, desde luego. Adiós, Sandra.

—¿No... tomará represalias contra mí, señor Braden?

Quenton La miró con las cejas arqueadas.

—En absoluto —dijo—. Usted es libre, Sandra.

Y no hubo una palabra más. Cuando Sandra creyó que debía acompañar al hombre del

F. B. I.,

a la salida, éste ya estaba abriendo la puerta, e instantes más tarde abandonaba el «*bungalow*».

Sandra regresó a aquella salita, y quedó bajo e ventilador, con la cabellera apenas agitada; reflexionó uno instantes, y luego se acercó al teléfono, situado en un rincón, junto al mueble-bar. Descolgó el aparato, y maree un número. Llegó la respuesta casi inmediatamente:

—Discépolo.

—Soy Begoña... Por fin, Discépolo.

—¿Quieres decir que el

F. B. I.,

te ha visitado?

—Ni más ni menos. Buscan a Sandra Gyss, es obvio. Por tanto, ha dado resultado la treta de sustituirla, y esperar la llegada de alguien de Washington; de este modo, estamos a corriente de lo que hacen, y cómo se mueven...

—¿Qué has averiguado?

—Lo suficiente. Se llama Quenton Braden, y se aloja en el hotel «Commodore», en Scarborough Avenue. Díselo a Jean Kim, y que él decida lo que debemos hacer. Hay una cosa, Discépolo: dile que yo he terminado aquí.

—De acuerdo, Begoña. ¿Algo más?

—Parece conocer algunos detalles importantes sobre Jean Kim. Busca, ahora, datos sobre las actividades del jefe... Eso reduce la impresión de que el

F. B. I.,

sabe bastante más de que creemos... Por ende, Ponzano sabía lo mismo.

—Se lo comunicaré a Jean Kim.

—Tenéis que recogerme esta misma noche. Dentro de una hora estaré lista.

—Bien, bien... Salgo ahora.

Begoña también colgó. Luego, para celebrar el éxito, y el fin de la espera, abrió el mueble bar. A Begoña le encantaba la angostura, el dulce licor de la isla...

El hotel «Commodore» está sobre terrazas; prácticamente, colgado sobre el mar. Es un lugar confortable, con aire acondicionado, grandes ventanales, plantas en las terrazas de la «suites»..., si bien nadie es lo suficientemente loco para salir por las noches a la terraza; la vista del mar es casi tan buena a través de los cristales como en la protección de éstos; uno acaba empapado, y con cientos de mosquitos a su alrededor.

Pero no los encuentra en el amplio vestíbulo, con un lujo tal vez desaforado, incluso. Tampoco en el bar, ni en el comedor, ni en el salón para fiestas, con música y baile a diario.

Dos hombres acababan de entrar en el vestíbulo; se dirigieron rectamente a recepción, que atendía un inglés de aspecto circunspecto, irreflexivamente uniformado.

—Somos amigos de míster Quenton Braden. Ha llegado esta tarde —dijo uno de los tipos.

—¿Míster Braden? ¿Esta tarde? Temo que sufren un error...

Los dos hombres se miraron.

—Por favor, compruébelo —dijo uno de ellos, el más bajo, pequeño con el rostro chupado, y ojos de hiena.

—Desde luego; un instante, caballeros.

El recepcionista consultó sus registros. Cuestión de dos minutos. Llegó frente a los dos hombres, que le miraban expectantes.

—No ha llegado. Tampoco he visto que haya plaza reservada para míster Braden. Quizás se han equivocado de hotel...

—Es posible...

—O puede que no haya llegado aún. Si les anunció su llegada aquí aún existe una posibilidad de que llegue hoy, con el último avión. Esperamos personas que llegarán dentro de unos... cincuenta minutos —explicó el recepcionista.

—Entonces, casi seguro que llegará con ese vuelo —dijo el de los ojos de hiena—. Gracias por su información.

Se alejaron un poco; quedaron en un ángulo del vestíbulo. Parecían desconcertados.

—¿Qué hacemos, Ketelby?

El de los ojos de hiena, Ketelby, reflexionó unos instantes.

—No sé... Es extraño. Dudo de que Begoña se haya equivocado al comunicar el nombre del hotel... Aunque eso es fácil de comprobar. Voy a telefonear, Burbage. Atento, ¿de acuerdo? Tal vez llegue en cualquier momento... Conoces la descripción; alto, cabello castaño, ojos grises; de unos treinta y tantos años...

—Sí, no te preocupes. Llama.

Ketelby fue hacia la cabina telefónica, mientras Burbage quedaba dando vueltas por el vestíbulo, hasta que comprendió que llamaría menos la atención si se sentaba; la gente, las personas que esperaban algo, estaban apoltronadas en sillones, o en el bar; la mayoría sin duda, esposos que esperaban a sus respectivas mujeres.

Ketelby tardó unos minutos en reunirse con Burbage. Éste se puso en pie al verle llegar.

—¿Qué? —inquirió Burbage.

—Begoña está segura de que dijo el «Commodore» —rezongó Ketelby—. Dice que puede llegar de un momento a otro; qué seguramente en principio buscó alguna pensión, un lugar más discreto... Pero yo pienso que quizás ese Braden sospechó algo de Begoña... Voy a quedarme aquí, Burbage; esperaré. De llegar Braden, yo debería también convencer al conserje para que no nos mencione. Puesto que no sabemos cuánto va a durar la espera, ni si va a dar resultado, tú, mientras ve a buscar a Begoña, y la trasladas al palacete. Yo he llamado por teléfono. ¿Repito algo?

—No... Iré a por ella, y al palacete. Y tú irás informando abre lo que suceda. Tengo la impresión de que la labor de Begoña no ha sido muy brillante esta vez, aunque tenía muchas bazas...

—A lo tuyo...

—Está bien...

Burbage, un mulato de cuerpo elástico, se dirigía hacia la salida; allí, al intentar salir, tropezó con un tipo de crespas cabellera gris, descuidada, con un raro flequillo que le caía hasta el cristal de las gafas; un tipo encorvado, que pidió perdón, y siguió su camino.

Burbage se dirigía hacia el «parking» del hotel. El tipo del flequillo gris estaba dando una vuelta, e instantes más tarde, tras

haber comprobado que no era objeto de observación alguna, volvía a tropezar con Burbage, cuando éste ya había abierto la portezuela de su auto.

—¿Otra vez usted? —Gruñó Burbage—. ¿Qué...?

Se perdió la voz de Burbage.

Su grueso labio superior sufrió un tic, una convulsión, a ver la automática que muy discretamente le enseñaba el tipo del flequillo.

—Acomódese frente al volante —cortó aquel hombre—. Le haré compañía, detrás de usted.

Burbage vaciló unos instantes; miró de reojo a la entrada del hotel, pero Ketelby seguía en el interior, sin enterarse de lo que estaba sucediendo.

—Dese prisa —ordenó el tipo del flequillo gris.

—Oiga, comete un error... —¿Quién es usted?

—Me estaban buscando, ¿no?

—¿Braden? —musitó el mulato.

—Le felicito por su capacidad de deducción. Vayamos dar una vuelta. Salga ya del *«parking»*. Vamos, salga...

Burbage notó la firmeza de aquella voz, la amenaza. Su única alternativa era poner el coche en marcha. Salió Scarborough, y de allí, hacia el norte; siempre bajo la amenaza de la automática; pasaron por delante del Jardín Botánico, y allí terminaba el núcleo de la ciudad. A una indicación del tipo del flequillo, Burbage salió de la carretera, dando tumbos por un mal camino, que acercaba al mar; y el coche se detuvo a escasa distancia de unas rocas que recibían constantes embates de agua pulverizada.

—Cierre el contacto y apague las luces —ordenó el hombre del flequillo gris.

Burbage, sin obedecer, iba a volverse, lo cual le costó recibir un seco golpe en su nariz, ya bastante aplastada de por sí; se le llenaron los ojos de lágrimas; una mano le agarró por el rizado cabello, y su cara quedó aplastada contra el volante. El propio tipo del flequillo apagó las luces cerró el contacto.

—¿Qué hicieron con la auténtica Sandra Gyss? —inquirió Quenton.

El tipo iba a alzar el rostro, pero Quenton ordenó:

—Quieto ahí, bese el volante; igual le oigo. Ahora, responda.

—No sé... No sé quién es Sandra Gyss...

—¿Tampoco conoció a Ponzano?

—Está en un error, ya se lo he dicho...

—Tal vez. Piense que también podría matarle por error. Burbage, con el rostro pegado al volante, se removió. Sentía tremendos latidos en la nariz, le lloraban los ojos. —Supongo que mataron a Sandra, y dejaron a esa cuarterona para sustituirla, y engañarme. La representación de la cuarterona no ha sido todo lo buena que requería el caso. Es evidente que sospecho de ella... desde antes de salir Washington. La carencia de noticias de Sandra me puso en guardia. Pero no se trata de que yo le cuente mi vida, ¿comprendido? Adelante, entonces.

—¡No tengo nada que decir...!

Un puñetazo en la nuca dejó a Burbage aplastado, con terrible dolor, que se hacía extensivo a todos sus terminales nerviosos.

—El asunto del coreano-francés, desde mi punto de vista, consta de dos partes —dijo Quenton—. Una: destruir la organización. Dos: exterminarle. Hábleme de sus actividades a la vista.

Burbage, que sentía pinchazos en la cabeza, aún resistió, esperaba el golpe, pero no se producía; incluso se atrevió girar un poco, y fue entonces cuando la punta de automática casi le hundió un ojo, en un movimiento inesperado, contundente; el grito de Burbage quedó ahogado por el rumor del mar, y en el interior del auto.

—Hable —ordenó Quenton.

—Está... está loco, si cree que usted solo... que sólo podrá con...

—Eso es cuenta mía.

—Muy bien... Vaya a buscarle, entonces; vaya exterminarle... Hágalo, sí. Se encontrará rodeado por diez hombres, que no dejarán de usted ni el recuerdo del color de su piel.

—¿Le protegen diez hombres? ¿Constantemente?

—Casi siempre... Él vive en la torre central, y...

—Sé todo eso. ¿Cuándo sale? Deme detalles. Cómo, cuándo, quién le acompaña... Eso, y todo lo que sepa.

—Pierde el tiempo... Souhwan no sale nunca, o casi nunca. Y si lo hiciera, iría en su auto blindado. Y nunca con menos de tres hombres protegiéndole. Olvide lo de sorprenderle fuera del palacete... Vaya a buscarle allí; le dejarán entrar... Las puertas están abiertas para todo el mundo; usted sería recibido con cortesía,

incluso. No obstante, en cuanto conocieran sus intenciones... ¿Por qué no lo prueba?

—A su debido tiempo —gruñó, preocupado, el hombre del F. B. I—. Pueden ocurrir cosas que hagan salir al coreano de su palacete... Veamos: detálleme las actividades de ese nombre.

—Tiene... diversas plantaciones... Explotaciones agrícolas; productos de la isla, del clima...

—Entre ellos, grano.

—Sí.

—Por tanto, de los granos puede obtener almidón; y a partir del almidón, la amílosa en polvo, un explosivo cuya potencia ya hemos experimentado en Estados Unidos. Quiero emplazamiento de los silos de grano; emplazamiento de las industrias de transformación, y medios de transporte, medios de exportación... Éste en el proceso, y vayamos por orden: recogida del grano, industrias de transformación, almacenaje en silos, y transporte. ¿Olvido algo?

—¿Qué pretende...?

—Quiero explicaciones, no preguntas.

—Tiene plantaciones muy extensas...

—Quizás sea lo que menos importe. Tiene naves propias para transformación, se supone...

—Sí...

—Y silos propios.

—Bien... Esas naves y los silos están juntos, en el mismo complejo...

—¿No es maravilloso? —masculló Quenton—. Quiero el emplazamiento.

—En... la zona industrial... Al norte, a la salida de la bahía. Frente al complejo, se ven las torres de las refinerías de petróleo...

—¿En cuanto a transporte? —inquirió Quenton.

—No tiene medios propios... Carga diversos barcos, sobre todo...

—Comprendo. ¿Hay en perspectiva alguna carga de amilosa de almidón en polvo?

—Lo ignoro...

—Piénselo un poco.

—Kim Souhwan nunca nos comunica nada al respecto.

Tras meditar unos segundos, Quenton llegó a la conclusión de

que era posible aquella reserva por parte de Jean Kim Souhwan. Por lo demás, las perspectivas no parecían en absoluto claras, ni acercaban al estado optimista; más bien todo lo contrario. No obstante, le único que no iba a hacer Quenton Braden era vacilar, detenerse, mientras hubiese un camino por delante cuando se presentaran obstáculos, ya vería.

—Sólo una pregunta más —dijo—. ¿Qué ocurrió con Ponzano?

—Begoña le descubrió...

—Sentenciado a muerte, entonces, claro. Habrá más de una...

Y pareció relajarse.

Fue cuando Burbage cayó en la trampa; Burbage era un mulato de cuerpo elástico y fuerte, sí. Un hombre ágil que además, debía luchar por su vida en aquellos momentos, por consiguiente, y habiendo estudiado sus movimientos giró todo el cuerpo, con rapidez con soltura, y dirigió las dos manos hacia donde calculaba que se encontraba la diestra de Quenton.

Acertó, pero sólo en cierto modo.

El caso es que Burbage quedó muy sorprendido, al ver que Quenton tenía las dos manos unidas, y la automática entre ellas; por tanto no pudo dominar aquellas fortísimas muñecas, ni pudo impedir lo que siguió.

Algo cegó a Burbage; por dos veces.

Con las dos manos empuñando el arma, Quenton pudo asegurar el terrible blanco; un doble impacto en el rostro de Burbage, cuyo rostro saltó en astillas, como cristal que ha recibido una pedrada.

El mulato, fulminado, quedó de espaldas sobre el volante, y luego se iban deslizando sobre el asiento, en grotesca postura.

Quenton salió del auto, abrió la portezuela correspondiente al asiento del conductor, alargó las manos atrapando al mulato por la chaqueta, y le sacó del coche con dos tirones. Sin tan siquiera volver a mirarle, le dejó de cualquier manera en tierra, junto a las rocas. Más adelante la durante la noche, de madrugada, el cadáver recibiría salpicaduras abundantes...

El hombre del

F. B. I.,

se metió en el auto, y lo puso en marcha.

Instantes después estaba en la carretera, en dirección a la zona industrial de Puerto España, a la salida de la curva de la bahía

Maracas. Allá donde se veían las torres de las refinerías; allá donde había luces distribuidas geométricamente, sobre aguas oscuras y quietas...

Quenton estaba seguro de que no tendría dificultades en identificar un complejo de semejante envergadura; además, habría camiones con rótulos, y otras señales.

A la entrada de aquella zona, oscurecida por los humos industriales, Quenton dejó el auto, arrinconado, abandonado, y siguió el camino a pie, observando lentamente cuanto le rodeaba; no perdía de vista al muelle, las aguas, los buques atracados en aquella rada Oficial para la industria, de mayor calado que el puerto de la ciudad. Pues los barcos eran de mayor calado.

Salía humo, y a veces resplandor, de algunas de las grandes chimeneas de las industrias.

Por lo demás, no había circulación de gente apenas.

CAPÍTULO IV

LA rápida carrera de aquella figura por la cubierta del buque no sorprendió a los tres hombres que la seguían. La figura estaba llegando a la borda, y su intención era evidente: lanzarse al agua. Aún en el agua, sus probabilidades de salir de su apurada situación eran muy escasas, pero en el buque eran mucho menores; prácticamente, no existían.

De ahí su decisión.

Girar, volver la espalda a los tres hombres, y correr hacía a borda; luego, saltar...

No completó el salto. En el aire, fue atrapada por los dos brazos de un tipo, que rodearon su cintura; un tipo que se había arrojado en plancha.

Aquella figura, al sentirse atrapada, al no poder completar el impulso, sufrió un accidente: su frente tropezó contra la borda, y quedó inanimada, en brazos de aquel tipo, y ambos en el suelo, en el piso de cubierta.

De inmediato, los otros dos, pistola en mano, habían acudido al lugar; el tipo que había atrapado a aquella figura se ponía en pie; los otros dos miraban a aquella mujer; parecía una muñeca rota, allí en el suelo; con la cabellera desparramada, muy blanco el rostro, si bien tenía alguna magulladura en la frente, y manaban unos hilillos de sangre; una chica con una cortísima falda, con leotardos negros, como el resto del vestuario.

—Mirad que no lleve más armas encima —dijo uno de los tipos.

El que la había atrapado, se inclinó sobre ella; la registró... hasta de un modo innecesario, con una sonrisilla.

—Nada —dijo, mirando al que dio la orden—. ¿Qué hacemos, Langley?

—De momento, sacarla del buque... Vamos. Agarradla, la conduciremos a la nave de los depósitos. Luego, llamaré por teléfono. Habrá que interrogarla, claro está, pero quizás quieran hacerlo ellos.

—Podría vernos alguien trasladarla a la nave...

—Bajaremos una carretilla; basta ocultarla con unos sacos por encima. Manos a la obra.

Uno fue a por una carretilla, negra y llena de grasa; una simple carretilla de mano, sobre la que fue cargada aquella mujer desvanecida. La cubrieron con unos sacos, y luego, los tres, descendieron al muelle. Sólo que había que cruzar una zona descubierta, de piso de cemento, de unas veinte yardas.

La carretilla llegó frente a una puerta metálica. Había luz, que escapaba por diversos intersticios; luz indirecta, ya que provenía de otras naves donde, al parecer, se realizaba algún turno.

Se abrió la puerta metálica, un gran portón doble, y entraron los tres hombres, con la carretilla.

Poco después, salían dos de ellos.

Fue cuando la sombra se deslizó hacia aquella puerta; su observación se dividía entre los dos tipos que regresaban al buque atracado frente al complejo, y lo que pudiera ocurrir detrás de aquella puerta metálica, que había sido cerrada con descuido; por tanto, bastaba con empujarla un poco, y colarse en la nave.

El hombre del

F. B. I.,

lo hizo: con rapidez, con movimientos seguros, firmes.

Quedó en un pasillo, que olía a grasas; había rodadas en el suelo, manchas de aceite de vehículos... Era un paso de vehículos a la nave principal, al parecer; por tanto se trataba de un corredor; al fondo estaba la entrada de la nave propiamente dicha, aunque había dos cabinas sin duda para papeleo, administración, control...

El hombre del

F. B. I.,

avanzó.

Oía voces, provenientes de una de las cabinas.

Tenía la impresión de que alguien hablaba por teléfono.

Se ocultó en la cabina contigua, a oscuras.

Era cuestión de esperar.

Habían transcurrido sólo cinco minutos, cuando oyó pasos, y la voz que hablaba poco antes por teléfono:

—... mandarán a alguien a por ella. Lo único que debéis hacer es evitar que escape. Por lo demás, lo único que yo puedo decir de esa mujer es que la sorprendimos en el buque, fisgando. ¿De acuerdo?

—Descuida.

—Átala; no corras riesgos con ella. Y a lo vuestro...

—Sé lo que he de hacer; no habrá dificultades...

Se perdieron las voces.

Agazapado, a oscuras, Quenton, fruncido el ceño, estaba asimilando lo que acababa de oír. Entonces, lo que habían transportado en la carretilla, cubierta con sacos, era una mujer sorprendida en el buque...

No se movió; oyó pasos de regreso, y una voz que llamaba:

—Charlie.

Llegaba el tal Charlie.

—¿Qué es lo que sucede?

—Trae sogas. Ataremos a esa mujer; no hay que confiarse...

De nuevo se alejaban.

Quenton se aproximó a la puerta de la cabina, y abrió apenas media pulgada, echando un vistazo al corredor de entrada y salida de vehículos. No vio a nadie; no obstante, esperó aún, hasta distinguir primero dos sombras, y luego dos hombres vestidos con mono claro; uno de ellos llevaba sogas en las manos. Quenton se encerró de nuevo. Había que esperar.

En cuestión de unos minutos, ataron a la mujer, y luego salían de allí.

—... bastará un vistazo de vez en cuando, hasta que lleguen...

El amplio paso quedó a solas; con el olor a granos, con algunas resonancias; parecía que funcionaba alguna máquina en la nave, ya que se percibía un rumor que, aunque apagado, era continuo, monótono. Y Quenton abandonó aquella cabina, entonces. Fue sencillo pasar a la segunda, donde se encontraba aquella mujer. Entró, cerró la puerta, y quedó a oscuras.

Notó que pisaba algo extraño; algo que se movía un poco; como si el suelo fuese falso.

Percibió como si la cabina fuese más grande lo que había

supuesto.

Dio unos pasos; sí, decididamente, había movimiento a sus pies; algo emitía unos crujidos, muy débiles... Un poco desconcertados, Quenton apretó con fuerza la culata de la automática que empuñaba. Esperó, quieto hasta habituarse a la penumbra, por más que estaba oyendo una respiración un tanto ahogada; suponía que habían amordazado a la mujer en cuestión, que localizaba por sus resuellos.

Avanzó, entonces, hacia la carretilla, sobre la que ella estaba tendida y atada, con la soga por entre su cuerpo y los travesaños de la carretilla. Distinguía los contornos; distinguía parte de un rostro blanco, con manchas en la frente...

Se inclinó, y lo primero que hizo fue retirar la mordaza.

—¿Quién es usted? —musitó.

Silencio.

La mujer estaba acompasando la respiración.

—¿Teme que sea una trampa para hacerla hablar? —inquirió Quenton.

—No se tome molestias, señor —se oyó la voz de la mujer.

El hombre del

F. B. I.,

entonces, esbozó una sonrisa.

—Por lo que empiezo a ver, creo que vale la pena... —dijo, con voz muy baja—. Vamos a salir de aquí; la desataré.

—Es inútil. No pienso decir una palabra.

—A veces, ciertos sacrificios son inútiles, muñeca —gruñó Quenton—. ¿O hay alguien que agradecería su silencio?

—Es cuestión de principios.

—¿De veras? Magnífico... Frótese las muñecas, restablezca la circulación.

Ella podía incorporarse ya; se frotaba las muñecas lentamente, sin dejar de mirar a Quenton, que desataba sus piernas en aquellos momentos, dejándola totalmente libre. Además, la ayudó a incorporarse, y ambos quedaron en pie, frente a frente, tras producirse un leve crujido, y Quenton notar que algo seguía moviéndose bajo sus pies.

—¿Y usted quién es? —inquirió ella, de pronto.

—Las damas primero —sonrió Quenton—. Pero hablaremos en

un lugar más cómodo y seguro que éste. ¿De acuerdo?

—¿Por qué he de fiarme de usted?

—Piénselo en tres segundos —gruñó Quenton—. Hace unos instantes estaba atada y amordazada, con el riesgo que usted conoce muy bien. Ahora, está libre, y con alguien a su lado que la sacará de esta nave...

Se vio la sonrisa de aquella mujer.

—Bien... Sigamos el nuevo curso de los acontecimientos —dijo—. Adelante, salgamos. No puedo apoyarle, perdí mi pistola.

—¿Pistola? Aún podría estar jugando con muñecas —rezongó Quenton.

—Se me pasó la edad, señor, de veras. Pero tal vez...

—Un momento —cortó Quenton.

—¿Qué sucede?

Quenton se humedeció los labios.

—¿Qué nota bajo sus pies? —inquirió.

—Sí, algo se mueve...

—Creo que adivino —gruñó Quenton—. Hay que darse prisa.

El tipo murmuró:

—Eh, Asúnsolo, echa un vistazo aquí.

El tal Asúnsolo, que estaba subiendo por la escalerilla metálica de un alto depósito, un cilindro de unas siete yardas de diámetro, miró a Charlie, y echó un vistazo; bajó, acercándose a Charlie, sin dejar de mirar la serie numerada, con la aguja, que se estaba moviendo en aquellos momentos.

—Supongo que estás de acuerdo conmigo —dijo Charlie—. Alguien ha entrado en la sala de la báscula; alguien entra y sale de la plataforma de la báscula. Observa...

Cierto. La aguja se movía, aumentando de peso, y volviendo a su posición normal, a intermitencias.

—Puede ser que esa mujer se haya desatado, Charlie... —dijo Asúnsolo.

—Fíjate bien. No creo que esa mujer pese doscientas libras... Es lo que señala la aguja... ¡Mira! Doscientas libras...

—Sí...

—Ha entrado alguien, Asúnsolo. Si fuese de los nuestros, habría avisado. Además, no han tenido tiempo de llegar para recoger a esa mujer.

Asúnsolo extrajo del bolsillo trasero del mono un pañuelo lleno de grasa, con el que se secó las manos, sin dejar de mirar aquella báscula, cuya aguja seguía oscilando. Se había producido un nuevo aumento de peso, que resultaba significativo.

—Tu arma, Charlie —dijo Asúnsolo—. Ahora también ella está en la plataforma; por tanto, en pie, y libre. Vamos.

Cada uno empuñó una automática, y se dirigieron hacia el lugar donde estaba la plataforma de la gran báscula. Aquella era la entrada de empleados, y los vehículos, la cargas, entraban desde la nave, por una puerta situada al fondo, que ni el hombre del

F. B. I.,

percibía, ni aquella mujer tampoco.

Asúnsolo y Charlie se apostaron cada uno a un lado de la puerta. No se movieron, pegados a la pared, cuando éste empezó a abrirse; y el primero en aparecer fue Quenton Braden, con la automática en la diestra, y con la mano izquierda agarrando la derecha de aquella mujer.

—Sigan saliendo —ordenó Asúnsolo—. Vamos, sigan... Usted deje caer el arma.

Hubo un conato de sorpresa en Quenton; cuestión de dos segundos. En definitiva, se habían producido lo que adivinó un poco tarde: se había estado moviendo como un oso torpe sobre la plataforma de una báscula...

Soltó la mano de aquella mujer, y pareció ceder, pero no sin antes haber visto que Charlie alargaba una mano, para atrapar a aquella joven espía. En cuanto a Asúnsolo, estaba demasiado ocupado en adivinar cosas, en mirar a Quenton y a la mujer, para que sus reacciones fuesen tan rápidas como requería el caso.

Por lo pronto, cuando recibió aquel tremendo golpe en el estómago, resolló ruidosamente, inclinándose, para recibir una patada, asestada con la parte externa del pie izquierdo de Quenton. Una patada que le derribó tras manotear, con la sensación de tener en el mentón una estaca clavada.

Quedó de espaldas, en tierra.

En cuando a Charlie, iba a apretar el gatillo de su pistola contra Quenton, pero olvidó la importancia que puede tener una mujer; aunque su aspecto sea delicado, aunque parezca una muñeca, aunque uno sonría de oreja a oreja, olvidando que unas manos

diminutas, de finísimos y elegantes dedos, puedan hacer algún daño.

Charlie lo entendió tarde; un codo de aquella muchacha se hundió en la zona hepática; seguidamente el mismo codo ataba de llegar hasta su cerebro, atravesando la cuenca del ojo derecho; fue algo que pareció enloquecer de súbito a Charlie, pero aquella chica no le dio tiempo para reaccionar; agarró el brazo derecho, y no sólo le hizo soltar el arma, sino que le practicó una presa de luxación, que dejó el brazo de Charlie dislocado, colgando como un pingajo.

Para entonces, Quenton estaba junto a Asúnsolo, y se proponía a recuperar su arma.

Charlie echó a correr hacia el interior de la nave.

Desde su posición, en cucullas, Quenton, con el arma en la diestra, apretó dos veces el gatillo.

Daba la impresión de que no había hecho blanco, pero el momento en que Charlie desaparecía en la nave de los depósitos, en su espalda, sobre el mono claro, a la altura del omoplato derecho, aparecía ya una mancha de sangre.

La espía tomó la pistola de Charlie, y contó tras él.

Por su parte, Asúnsolo se había aferrado a las piernas de Quenton, sorprendiéndole, y le derribó de bruces; el tipo con un gruñido de ferocidad, saltó encima de Quenton, a horcajadas, y le agarró el gris cabello, con el flequillo en frente.

Por supuesto, Asúnsolo se quedó con la peluca en mano, arrastrando también las gafas, y unos apliques cuando Quenton se libró del tirón, y se sacudió de encima al tipo.

Asúnsolo, recuperado de la sorpresa, tiró la inútil peluca y alargó la diestra hacia su propia pistola, consiguiendo empuñarla, e iba a apretar el gatillo cuando el hombre del

F. B. I.,

se adelantó; le clavó un proyectil en el cuello dejándole en tierra, con las piernas convulsas.

Entonces, Quenton, furioso, corrió hacia la nave. Aquella pequeña estúpida debió dejar de perseguir Charlie...

La salida de ellos estaba al otro lado del paso de vehículos...

Llegó a la nave, y vio al fondo a la joven, con la pistola en la mano; la vio desorientada, buscando a Charlie, que parecía haberse esfumado. Quenton, además, adivinó que debía sacar de un error

peligroso a aquella mujer, de inmediato, puesto que estaba sin caracterización.

—Soy yo —gruñó—. Salgamos de aquí.

—Bien... Ese hombre ha...

—Debe estar metido en algún depósito.

La voz de Quenton resonaba en la nave; la máquina cuyo rumor había percibido antes de modo continuo, estaba detenida. En cuanto a la espía, miraba en torno, alzando vista, observando la media docena de grandes depósitos. Todo indicaba que se trataba de depósitos de aceite. Probablemente, aceite de cacao.

—Vamos de una vez —ordenó Quenton, ceñudo.

En aquel instante, algo ocurría; un depósito empezó a girar de un modo lento al principio, luego, con rapidez.

—¡Cuidado! —gritó Quenton.

La espía reaccionó con notable rapidez, evidenciando unos reflejos fuera de lo común. El depósito, tras aquel giro, enfocaba su desembocadura, sin manga de conducción, hacia la espía; el chorro de aceite de cacao, viscoso, espeso, saltó entonces. Y fue cuando Charlie quedó al descubierto, entre el depósito y las escalerillas metálicas. Seguía chorreando el aceite, sin efecto alguno, y Charlie, desesperado, trató de salvarse subiendo por las escalerillas, en la esperanza, sin duda, de ganar algún otro depósito por las alturas.

Pero la espía disparó. Se oyó un grito, y Charlie desaparecía en el interior del depósito.

Hubo un chapoteo extraño; la escasa densidad del aceite permitía a Charlie, mal herido, realizar los esfuerzos necesarios para emerger, y fue descendiendo hasta llegar al fondo entre aquella grasa viscosa...

Hasta que asomó un pie por la desembocadura, obturándola, impidiendo la salida del aceite; sólo unos chorritos...

Quenton había llegado a la altura de la espía; sin pronunciar una palabra, la tomó de un brazo, y empezó a arrastrarla. Ella aún miraba asomar aquel pie de Charlie; a una pierna ya; una pierna inmóvil.

Quenton la sacó al paso de vehículos, y corrieron ambos a la salida que daba a los muelles. Por el tiempo ocurrido, parecía quedar cierto margen antes de la llegada de la gente de Souhwan, pero Quenton tenía prisa por salir de allí. Podía llegar más personal

de la nave, o gente del buque...

Dejó a la espía a un lado, y abrió el portón metálico asomando. Contrastaba el ambiente calmoso, caluro húmedo, del exterior, con escasas luces, con el rápido infierno que había tenido lugar allí dentro. Tomó, a tientas, sin mirarla, una mano de la espía y ambos salieron de aquella nave.

Ya en el muelle, al aire libre, pisando cemento húmedo corrieron, alejándose de aquella zona.

Poco después, en la plaza del puerto, donde aún había parejas en los bancos, detuvieron su carrera.

Ambos acompañaban la respiración.

Por fin, Quenton inquirió:

—¿Tienes dónde ir...?

—Sí... ¿Y tú?

—También... Pero no vamos a separarnos aquí, así, ahora... ¿Verdad? —Gruñó Quenton.

—Podríamos citarnos para mañana —sonrió ella.

—¿Y por qué no para esta noche? Vamos. No temas de mí.

La joven espía amplió aquella sorprendente sonrisa. Volvió a tomar la mano de Quenton.

CAPÍTULO V

HABÍAN entrado discretamente en el cuarto de la pensión. Quenton encendió la luz, y puso el ventilador en marcha. El techo estaba, como las paredes, lleno de manchas oscuras; pequeñas manchas fácilmente identificables.

—¿Y bien? —inquirió Quenton.

—No me parece muy comfortable. Yo tengo un «*bungalow*» en Maracas.

—Lamento no poder ofrecerte nada mejor por esta noche. Esa puerta conduce al cuarto de aseo... Las damas primero.

—Eso sí te lo agradezco —sonrió ella.

Y, sin más, se dirigió hacia el cuarto de baño, una pequeña estancia con lavabo y ducha. Por su parte, el hombre del

F. B. I.,

se dejó caer en un destartado sillón de mimbres, y encendió un cigarrillo; fumó, pensativo, de cara a la ventana, aunque lo único que veía eran los edificios de la calle de enfrente; un barrio equívoco, ciertamente; se abrían y cerraban luces de continuo, con lo cual el rostro de Quenton resultaba visible a veces, y en otras ocasiones quedaba en penumbra.

No parecía impacientarse; era normal que una chica joven y bonita tardase un poco en considerarse visible...

Unos veinte minutos tardó ella en reaparecer. Sonreía, llevaba el cabello suelto, y se apreciaba un solo cambio: no llevaba los negros leotardos, muy calurosos; se veían se esbeltas piernas, hasta algo más de medio muslo; una pie dorada, suave y tersa.

Quenton se puso en pie, y dijo:

—Ahí tienes cigarrillos... ¿Puedo saber tu nombre?

—Laura —dijo ella.

—Quenton —respondió el hombre del
F. B. I.

—¿Crees que cooperaremos, Quenton?

—¿Por qué no? Estúdialo mientras me ducho.

—Ya he estado pensando en ello... Pero no te entretengo ahora.

—Es una delicadeza por tu parte. Pero, antes, Laura quiero decirte que me gustaría encontrarte aquí cuando salga de la ducha.

Ella rió, mientras se sentaba, con el paquete de cigarrillo en la mano.

—He llegado a la conclusión de que me interesa, Quenton —dijo—. Estaré aquí, aun cuando sólo sea por egoísmo, por interés.

Quenton no respondió; fue al armario, abrió, tomó la maleta dejándola sobre la repisa, y la abrió para tomar ropa de recambio, seca y condiciones, sin olores ni sudor. Al abrir la maleta, se percibió un extraño zumbido furioso más ten. Un zumbido compacto, como el vuelo de un avión lejano.

El hombre cerró la maleta, y luego el armario.

—¿Qué tienes en esa maleta, Quenton?

Giró un poco, mirando a Laura.

—No te sientas curiosa, Laura; sería peligroso —dijo.

Sin más, se metió en el pequeño cuarto de baño; vio los leotardos de Laura tendidos. Hizo caso omiso, y se metió bajo el chorro fresco, despreciando el pulverizador de finas gotas. No tenía gran prisa, y tardó más o menos como Laura; se secó, se puso la ropa seca, y apareció en la habitación; fue a sentarse frente a Laura, que había encendido el segundo cigarrillo.

—Supongo, Laura, que perteneces a uno de esos países que ha sufrido algún sabotaje por explosión de amilosa de almidón en polvo —dijo de pronto, Quenton.

—Sí... Y he estado pensando que ambos, tú y yo, buscamos la misma cosa, si bien cada uno ha empezado por un lugar distinto, de diferente manera.

—Te sacaron del buque con una carretilla. ¿Qué buscabas el barco? —inquirió Quenton.

—Se supone que de alguna manera trasladan el polvo de amilosa, ¿no?

—¿Y sospechas que lo hacen con ese buque?

—Sí, así es. Es mi pista, Quenton.

—Vi su pabellón: jamaicano.

—Eso nada significa —replicó Laura Riaza—. En este caso, el pabellón no es más que un trapo sucio, con colores...

Quenton sonrió, un tanto irónico, y dijo:

—Pareces muy fogosa, Laura...

—No puedo evitarlo...

—Sí, claro; uno no elige su temperamento. ¿Es igual para todo?

—Tal vez... —respondió ella con murmullos, entornando los ojos—. ¿Volvemos a nuestro asunto, Quenton?

—Sí, por supuesto. Perdona si te he molestado.

—No te preocupes. Decía que sospecho que ese buque es el que transporta el polvo de amilosa, el explosivo que utilizan para los sabotajes. Sin embargo, hay algo desconcertante... Es un buque cisterna, un buque que sólo admite líquidos en sus recipientes estancos. Por consiguiente, no cargan sólidos, como la amilosa... Y hay más: esta tarde, había mangas acopladas al buque. Por consiguiente, puedo afirmar que lo estaban cargando.

—No siempre ha de transportar el mismo material, Laura.

—Ya he pensado en eso. Se supone que la mayoría de la ocasiones realiza travesías legales, comerciales... Pero es extraño: lo cargaban, estoy segura, porque, como te he dicho, vi las mangueras acopladas. Y me pregunto de qué cargaban ese buque, ya que los depósitos de aceite de cacao que hemos visto estaban repletos. ¿Qué respuesta, explicación se te ocurre, Quenton?

—Ninguna. Puedes estar equivocada.

—No, no, no... Sé muy bien lo que digo, y lo que busco Quenton. Ese buque ha sido cargado... Por eso me arriesgué a fisgar. ¿Crees que lo hubiese hecho, de otro modo? Un buque con su carga tiene que salir del puerto de un momento a otro, ¿no es así? Consideré que no podía perder tiempo, ni dejar zarpar el buque sin enterarme del contenido. Y a pesar de tener las mangas acopladas, no ha sido cargado con aceite. Estoy completamente segura, Quenton.

Quenton la miraba a los ojos.

Era fácil descubrir que en las pupilas de Laura, negras, muy expresivas en aquellos momentos, no había sueños, ni fantasías, ni el menor atisbo de estupidez. Aquel brillo solo podía ser efecto de una inteligencia clara, de una tremenda decisión...

Otra cosa era su aspecto de muñequita.

—Laura... tal vez Jean Kim Souhwan no se sirve de su industria para realizar el transporte de explosivos... —dijo Quenton.

—¿Souhwan es nuestro hombre, Quenton?

—No lo sabías, veo.

—No... Hemos seguido caminos distintos, ya te lo dije. Bien... Entonces, si ésta es la nave del aceite, ¿por qué no cargaron aceite, estando las mangas acopladas? Si eres capaz de ofrecerme una respuesta lógica a eso, cederé, Quenton. Por otra parte, recordemos: tres hombres me sorprendieron en el buque, y me trasladaron a esa nave industrial. Allí otros dos hombres lucharon contra nosotros. ¿Por una carga inofensiva, Quenton?

El hombre del

F. B. I.,

se acarició el mentón, un poco áspero por la barba de más de veinticuatro horas.

—Va a ser muy difícil destruir ese complejo... —musitó el hombre de Washington—. Otra cosa es ocuparse del buque, claro... Si ese buque contiene una carga peligrosa, tal vez podamos interceptarla. No obstante, el complejo sigue en pie. Y también Souhwan. Le he dado vueltas a esto, Laura... muchas vueltas. Siempre acabo en el mismo punto: aplastar a Souhwan. Y..., quizás sea lo más difícil. Tan sólo contamos con una ventaja, y es relativa: Souhwan sólo tiene una cabeza. Pero muy bien vigilada... Muy bien protegida.

—¿Vamos a retroceder, entonces?

—Yo no lo he pensado.

—Ni yo —suspiró Laura—. ¿Cooperamos, Quenton?

—¿Has llegado sola a Trinidad?

—Sí.

El hombre del

F. B. I.,

se puso en pie.

Dio unas vueltas por la estancia, para acabar debajo de las aspas del ventilador colgado en el techo.

—Será mejor que descansemos ahora, Laura —dijo—. Mañana cambiaremos impresiones. Iremos a echar un vistazo al palacete de Souhwan.

—¿Sabes dónde localizarle? —inquirió, sorprendida Laura.

—Sí...

—Pero... No lo entiendo, Quenton. ¿Por qué tantos rodeos, entonces?

Quenton sonrió levemente.

—Ya lo comprenderás —dijo—. Mañana verás el palacete.

—Bien... Debo entender que no todo se reduce a ir allí esperar que aparezca ese Souhwan, y volarle la cabeza.

—Desgraciadamente, eso es sólo un sueño, Laura, hablando de sueños... Puedes utilizar la cama; a mí me basta el sillón. Temo que el cansancio nos está embotando. ¿Alguna objeción?

—Ninguna, Quenton...

Estaba haciendo miguitas, y echándoselas a los peces, que acudían al cebo, llenando de color en movimiento, refulgente, aquella porción de agua transparente, con un fondo marino muy bien imitado.

Estaba de espaldas a la puerta, con sus ojos oblicuos, con aleteos de zopilote, fijos en sus peces.

Llegaba gente. No se volvió, no era necesario.

Siguió con las miguitas, hasta que oyó que los que habían entrado se detenían a su espalda.

—¿Y bien, Wojtyla? —inquirió.

—Ni rastro...

Entonces, sí se volvió Jean Kim Souhwan, mirando a los que habían llegado. Wojtyla, Discépolo, Ketelby, el de los ojos de hiena, y Begoña, que parecía no encontrarse muy bien; estaba pálida, y no se atrevía a mirar al coreano-francés a los ojos.

—Sabéis qué es lo que me gusta hacer con mis enemigos dijo, casi con suavidad, Souhwan. —Eliminarles. Es estúpido permitir que huyan, que se reorganicen... y que— vuelvan al ataque, es obvio. Y vuelven sabiendo algo más que antes. No me gusta dar oportunidades a nadie. ¡A nadie!

Miraba entonces a Begoña.

La cuarterona sintió hielo en la nuca; un frío que se iba desparramando por todo su sistema nervioso.

—Cometiste un error, Begoña. ¿Sabes por qué? —dijo Souhwan.

—Lo siento... Lo siento, Kim Souhwan... Pensé que lo eficaz era avisar, para que fuese eliminado...

—No. Eso no es lo más eficaz, Begoña. Lo más eficaz hubiese sido que, siguiendo con tu papel de Sandra Gyss, hubieras permanecido junto a ese hombre de Washington entretenerle, sonsacarle, y ejecutarle a continuación. Cuanto más sepamos de los enemigos, tanto mejor. El día que nos volvamos blandos, que olvidemos nuestro sistema implacable para con los enemigos, nos despedazarán Begoña. ¿Lo comprendes? Hiciste, por tanto, lo cómodo: llamar, y desentenderte del asunto. Lo grave es que el hombre de Washington te engañó, jugó contigo sospechaba de ti... Y caíste en la trampa...

Begoña miraba obstinadamente al suelo.

Tan hermosa, tan restallante con aquel minivestido rojo... Tal vez sería su mortaja...

—De resultas de tu fallo, hemos perdido a Burbage. Pero eso, en sí, no es grave. Burbage era uno más. Hemos perdido al agente del F. B. I.

Y el

F. B. I.,

sabe cada vez más de nosotros. También los del buque cometieron un fallo con esa mujer, con ésa espía no identificada... Así solo y Charlie han muerto... Me parece excesivo, teniendo en cuenta las medidas de precaución que tomamos, constantemente. ¡Quiero más eficacia! No es lógico que regreséis para decirme que no halláis rastro de nadie...

Se oía el rumor del agua de la gran pecera.

Había una perceptible tensión en aquel ambiente.

El coreano-francés, elegante como siempre, con cara impávida, se desplazó un poco, acercándose a la pared de izquierda, donde terminaba la pecera.

—Acércate, Begoña —ordenó.

La cuarterona casi había olvidado la gracia de sus movimientos, su cadencia; se acercó con paso lento Souhwan, incluso con el bello rostro un tanto desfigurado.

Souhwan dijo:

—Los enemigos de otros países, me inquietan de un modo personal. ¿Entiendes lo que quiero decir? Para mí, lo grave sería que el Gobierno de Trinidad y Tobago descubriera mis actividades, pero espero que eso no ocurra, no pueden hacer nada contra mí, no

tienen la menor sospecha. Repito: temo los enemigos que vienen a por mí. A eliminarme; alguno, a consecuencia de un fallo de mi sistema... y mi sistema sois vosotros, pudiera tener éxito... Hizo una pausa.

Luego, agregó:

—Para recordaros que no admitiré una sola grieta más en mi sistema, ni un solo fallo más, voy a demostrar algo. Acércate más, Begoña.

La cuarterona obedeció.

Souhwan entonces, como al descuido, tocó un resorte disimulado y parte de aquella pared se descorrió. Al principio, parecía haber un simple pasadizo angosto, a oscuras, tan sólo. No obstante, fue penetrando la claridad, y se hizo visible aquella... charca; era una especie de charca inmundada. Y la apariencia de soledad se desvaneció cuando algo empezó a moverse.

Algo que Begoña aún no identificaba; ella ignoraba aquello...

De súbito, gritó, aterrada, al ver a aquel caimán, que se acercaba moviendo sus lentas patas, con aquella enorme boca llena de púas abierta espantosamente; con aquellos pequeños ojos quietos...

Otro caimán le seguía, y otro, y otro...

Begoña empezó a temblar, pero no osó moverse; no osó salir de allí pese a que su instinto exacerbado le impulsaba a ello.

Cuando el primer caimán estaba demasiado cerca, la puerta falsa se cerró; volvió a ser una pared.

—Ahora, buscad al agente del

F. B. I...

y a ésa espía. Puerto España no es una ciudad muy grande.

Nadie se movía.

Los zopilotes que había en los ojos de Souhwan posaron en las pupilas de todos.

—¿Qué esperáis? —inquirió.

Sin despegar los labios, Wojtyła, Discépolo, y Keteltby salieron de allí.

Begoña susurró:

—¿Puedo... irme también...?

—Es más: te deseo suerte... por tu vida, Begoña.

—No creí que sospechara de mí...

—No perdamos más tiempo. Tengo enemigos activos cerca, y

siento una enorme prisa por deshacerme de ellos. No puedo olvidar que una espía inidentificada estuvo, anoche en el buque, y escapó de la nave de aceite. Debe estar sacando muchas conclusiones... No me interesa. Me siento seguro, pero acabaría por tambalearme.

Se volvió.

Fue a dar migas a sus peces.

Mientras, Begoña salía de allí, como si cada pierna pesara quinientas libras.

—¿Y bien?

—Tenías razón... —suspiró Laura—. Es una fortaleza. No podemos entrar, Quenton.

—Tengo en estudio un plan... Es decir, lo tenía preparado, pero me temo que voy a necesitar unos complementos que no tuve en cuenta en su momento. Lo único que no podemos hacer es meternos ahí, y ponernos a tiro de diez hombres armados, que nos verían inmediatamente, y quizás estrechen la vigilancia nocturna.

—Eso creo... Entonces, aquélla es la ventana del cuarto de ese Souhwan...

—Sí.

—Con rejas, persianas, y tal vez alguna otra protección...

—No lo dudes.

—Es desalentador, Quenton... Y dices que no sale jamás... Y, si lo hace, ha de ser en un coche blindado, en cuyo caso tendríamos que utilizar poco menos que un cañón...

Quenton no respondió. Laura Riaza suspiró brevemente, y dejó descansar la espalda en el tronco de un cocotero; estaban en un bosquecillo desde el que veían, a prudente distancia, con la ayuda de binoculares, una extensa zona del recinto donde Souhwan tenía su palacete. Cerca estaba también el mar, de un azul intenso, poblado por innumerables embarcaciones de recreo, con sus blancas y airosas velas al viento, o majestuosos yates que se deslizaban dejando una blanca estela de espuma.

Laura notó el brazo de Quenton por su espalda; él la incorporó un poco; se miraron a los ojos.

Ella insinuó una sonrisa; algo afirmativo, sin duda. Quenton se inclinó, besándola en los labios. Ella cerró ojos; cuando Quenton se separó de Laura, ésta mantenía ojos cerrados. Parecía una muñeca dormida... La volvió a besar, y Laura alzó los brazos, rodeando el

cuello del hombre del

F. B. I.

Abrió los ojos, y musitó:

—¿Te parece que ésta es una manera muy efectiva de vigilar, Quenton?

—Por lo menos, más interesante.

—¿Estás jugando a algo conmigo, Quenton?

Él la miró a los ojos; le acarició el sedoso cabello negro. Miró el bonito busto, aquellas esbeltísimas piernas...

—Le buscaremos nombre al juego, Laura... Por lo tanto, quiero que sepas que voy a desistir de un plan que tenía en mente... y en el cual te sacrificaba.

Ella pestañeó.

—¿Me... sacrificabas...? No entiendo, Quenton...

—Pues está claro; sacrificaba tu vida. He cambiado de opinión.

—Me asustas... —susurró Laura.

—Lo siento... Ya te he dicho que prescindo de ese plan.

—Pero... ¿me salvaste anoche pensando en...?

—No. No tengo la mente tan fría; te saqué de allí por multitud de razones. Para saber quién eras, y qué hacías por ejemplo. Luego, pensé en mi plan, mientras dormía; Pero olvidémoslo, Laura. Recapitulando, llegamos a conclusión de que nuestra entrada ahí es imposible puesto que, además, nos conocen ya.

—Sí... Creo que así es, Quenton.

—Pues hay que buscar otro medio.

Callaron.

Ambos pensaban.

De pronto, Laura volvió el rostro hacia Quenton, y le besó largamente, hasta sentir las manos de aquel hombre a su cintura.

—¿Tienes ya el nombre del juego, Quenton? —susurró.

—Creo que sí...

—No me lo digas aún, promételo.

—Como quieras... Creo que sale gente de la casa, Laura.

Se separaron. Laura miraba con sus binoculares, y el hombre del

F. B. I.,

utilizaba los propios.

—¿Conoces a alguien? —inquirió Laura.

—Sí... A ella.

—¿A esa mujer?

—Es Begoña... acabo de tener una idea, Laura. Vamos, deprisa; no quiero perderla de vista.

—Pero...

—En pie; tenemos que correr a tu auto, y llegar a tiempo seguirles.

Laura se sintió atrapada por una mano del hombre del

F. B. I.

Con agilidad, con movimientos ligeros, le siguió, hasta llegar al auto que Laura tenía alquilado. Tiraron a los asientos traseros sus aparatos de espionaje, y Quenton se puso al volante, con Laura junto a él, silenciosa.

El pequeño bólido se puso en marcha.

CAPÍTULO VI

PARA Begoña Laffite, aquél era el día decisivo de vida. Había sido una auténtica tortura aquel vacío su alrededor; aquella búsqueda inútil... Buscar al agente del

F. B. I.,

en Puerto España era una tarea absurda, en realidad sin probabilidades de éxito. Sin embargo, la cuarterona recordando las bocas de los caimanes, se había movido por los lugares que consideró más adecuados.

Resultado: nulo. Nada.

Así que había ido a su «*bungalow*» de Aragua, con una decisión en mente. Ella, por su trabajo con Jean Kim Souhwan, sabía muchas cosas que podían serle útiles en aquella situación. Por ejemplo, sabía cómo saltar de la isla de Trinidad a Venezuela, al continente, y para concretar más, a Caracas, en cuestión de dos horas.

Y una vez en Caracas, era mucho más fácil evaporarse. Ella no pensaba regresar al palacete; no vería más Souhwan. No quería ser pasto para los horrendos caimanes.

Eran más de las ocho de la noche cuando llegó a su apartamento. Al pequeño «*bungalow*» en tierra llana, con las palmeras dobladas por los alrededores, a poca distancia mar. Pasó al interior sin encender luz alguna hasta llegar cuarto. Miró el relojito de pulsera que llevaba; las ocho y veintidós minutos. A las diez y media podía estar en Caracas.

Fue hacia el «closet», tomó una maleta que dejó sobre la cama, y luego, a puñados, unos cuantos vestidos y prendas, parecían imprescindibles, de momento. Luego el dinero que tuviese a mano. Nerviosa, con su minivestido rojo, con movimientos que parecían torpes a veces, Begoña estaba enfrascada en sus ideas, en terminar

de colocar en la maleta cosas, cuando oyó que algo se movía junto a la puerta de la habitación.

Giró, con los ojos muy abiertos, asustada.

Sorprendida en verdad, miraba al mulato Discépolo, que reía reprochándole algo con la mirada.

—Discépolo... ¿qué haces aquí? —musitó Begoña.

—Un trabajo ingrato, Begoña —dijo Discépolo.

—No comprendo.

El mulato miró el equipaje. Luego a Begoña, a los ojos.

—Yo no quería creerlo, pero... Deberías estar informando sobre tus gestiones de hoy. Kim Souhwan sospecha lo que está ocurriendo contigo.

—No ocurre nada, Discépolo... —susurró Begoña.

—Una cosa es que a veces, cuando te tengo delante, da la noción de ciertas realidades, y otra muy distinta es lo quieras hacerme creer que eso que hay sobre la cama no es una maleta, con el equipaje dispuesto. No trates de convencerme de que vas a salir de la ciudad con la maleta sólo para dar una vuelta.

Se produjo una pausa silenciosa.

Begoña trataba de dominarse, de buscar una salida.

—Tienes que venir conmigo al palacete, Begoña —dijo por fin, Discépolo.

La cuarterona inclinó la cabeza.

—No trataba de huir, Discépolo. De veras...

—Como sea, no pierdas tiempo.

—Bien... Tengo que cambiarme.

—Date prisa.

Begoña pensó, entonces, que tenía baza a su favor. Una mujer sabe diferenciar muy bien la clase de miradas que recibe de un hombre. Y Discépolo no ocultaba el brillo de sus ojos, en innumerables ocasiones. ¡Era tan fácil! Quedó durante medio minuto inmóvil y miró a Discépolo. Éste se mostró firme, con tanto miedo como ella, sin duda, a represalias del coreano-francés.

Begoña, entonces, se movió hacia el lugar donde estala maleta y la abrió. Eligió unas prendas.

Discépolo, como atraído por un cable invisible, se acercaba a la cuarterona, que fingía no reparar en ello, pero enlentecía sus movimientos. Discépolo, por fin, llegó a espalda; los dos brazos del

hombre rodearon el cuerpo Begoña; luego, la hizo girar.

—Mentiré, Begoña... Pero vuelve. Ninguno de nosotros ha tenido éxito... ¿Por qué han de exigirte más a ti? —susurró Discépolo.

—Ya viste esta mañana... Podemos irnos juntos, Discépolo.

—Eso es imposible.

—¿Entonces?

Discépolo no supo resistir la proximidad de los labios de Begoña. Se inclinó, cerró los ojos... Llevaba dos segundos besando a la cuarterona cuando se separó, de súbito, con los ojos saltones, soltando un grito gutural, llevando ambas manos al costado izquierdo; sus dedos, de inmediato, se mancharon de sangre. Se estaba mirando aquellos arroyos rojos cuando Begoña, desesperada, volvió a lanzar el fino estilete; aquella vez, su golpe fue más certero. Fue un golpe definitivo, en realidad.

Discépolo con la hoja empotrada entre las costillas, en el corazón, caía de espaldas, ensangrentado, abiertos los ojos. Fue para agarrarle por los brazos, y lo arrastró hacia el cuarto de baño, dejándolo de cualquier manera en el interior. Cerró la puerta con temblor en las manos. No quiso tocar la maleta y utilizó las prendas que llevaba antes, incluido el minivestido rojo.

Cuando terminó de vestirse, soltó un suspiro. Un suspiro que se cortó, al oír aquella voz de mujer, a su espalda.

—No se mueva; no intente volverse.

Begoña, estremecida, obedeció.

No oía nada. Ni pasos, ni rumor alguno.

No obstante, fue sorprendida por el seco golpe, bien calculado, que la derribó, sin conocimiento, con medio cuerpo sobre el lecho.

Laura, entonces, miró hacia la entrada del cuarto, donde estaba Quenton empuñando una automática.

Quenton pareció hacer una muda pregunta, y Laura miró hacia la puerta del cuarto de baño. Fue Quenton quién se acercó, para abrirla de un tirón. Su mirada, como la de Laura, se posó con fijeza en el cadáver de Discépolo. Tras unos segundos de inmovilidad, el hombre del

F. B. I.

cerró aquella puerta y dijo:

—Esto no cambia las cosas, Laura. Supongo que te haces una

idea de lo ocurrido.

—Está muy claro; ella se proponía huir. Bien prosigamos con el plan; no estará mucho tiempo desvanecida. Hay que desnudarla, y embadurnarla con crema.

Quenton dirigió una rápida mirada a Begoña; se encogió de hombros, y tendió a Laura un tarro. Dijo:

—Ocupate de eso. Mientras, echaré un vistazo por aquí aunque no espero hallar nada interesante.

Laura, aun sonriendo, tomó el tarro. El hombre del F. B. I.,

salió de la habitación, y Laura empezó a trabajar, con rapidez. Desnudó en cuestión de segundos a Begoña completamente; la había dejado bien tendida sobre el lecho. Abrió el tarro, y extrajo en los dedos una porción de una crema transparente, con un olor desconocido, si bien no desagradable.

Empezó a extender la porción de crema por la piel de Begoña.

Un trabajo rápido, a conciencia. Luego, la volvió de cara y realizó la misma operación, por la parte anterior del cuerpo; incluyó rostro, orejas, labios...

Invirtió unos pocos minutos en considerar que Begoña hallaba perfectamente embadurnada con aquella crema transparente. Cerró el tarro, y luego, tras pasar los dedos de la mano izquierda, secos, por el cuerpo de Begoña, para comprobar que la crema estaba seca, procedió a vestirla.

Terminó cuando Begoña abría los ojos, pestañeando aturdida aún, con escasa noción de lo que ocurría en torno.

Para entonces, Laura había guardado ya en su bolsito el tarro de crema.

Begoña acabó por sentarse en el borde del lecho. Su mirada estaba fija en Laura. Era extraño. Aquella muñeca le había golpeado y...

—Siento haberla golpeado, Begoña —dijo Laura—. Sólo quería cerciorarme de que podremos hablar con tranquilidad.

—¿Quién es usted? —musitó Begoña, dirigiendo una mirada casi histérica, fugaz, no obstante, hacia el cuarto de baño.

Laura sonrió y dijo:

—No se preocupe por ese cadáver... Hablemos usted y yo ahora. Respondiendo a su pregunta, le explicaré con brevedad que soy la

mujer que estuvo fisgando en el buque, más tarde escapó de la nave de aceites. Supongo que ha oído hablar de mí; es más... se me busca, lo sé. Ésa soy yo, Begoña. Usted... por todo lo que veo, está asustada, y quiere huir. ¿No es así? Pues no es necesario que se arriesgue. Yo le voy a proponer una operación que la beneficiará mucho, y podrá seguir con Souhwan.

—No... No es posible... Cuando sepan que he matado a Discépolo.

—¿Por qué han de enterarse?

—Bien...

—Estoy dispuesta a cargar con la muerte de Discépolo, Begoña. Palabra. Yo la necesito a usted.

—Pero... ¿qué se propone? Si admite haber matado a...

—Souhwan, cuando me escuche, estará dispuesto a perdonar la muerte de ese hombre.

Begoña sacudió la cabeza.

—No comprendo nada —casi gimió.

—Para eso vamos a hablar. Yo debo saber exactamente a qué atenerme; no me bastan unas sospechas. Aclaremos en primer lugar un detalle, y seguiremos adelante. Necesito saber quién se beneficia del explosivo de Souhwan. Es decir, quién le paga; a quién vende.

—Sé que los tratos provienen de Cuba —musitó Begoña.

—Cuba... Entonces, alguna célula de acción comunista se provee de Souhwan.

—Sí... Souhwan dice que es un negocio redondo. Por el almidón... pero usted ignora eso, ¿verdad?

—No, no... —sonrió Laura—. Siga.

—Por el almidón, con sus aplicaciones normales, obtendría cien veces menos. Diez mil dólares de almidón, pongamos por caso, se convierten en un millón de dólares, por el hecho de obtener la amilosa, y reducirla a polvo... Esa célula paga bien, no cabe duda. Ellos son quienes mandan los barcos que han de transportar la carga, con viajes ya preparados, claro está. Souhwan se limita a cumplir con la cantidad de polvo de amilosa que es solicitada.

Laura asentía con movimientos de cabeza.

—Quisiera saber una cosa... Diga, Begoña. ¿Souhwan es de ideología comunista?

—Es obvio.

Laura, reflexionando, fue a sentarse a un silloncito frente a Begoña.

—Magnífico —dijo de pronto.

—Sigo sin comprenderla.

—¿Qué opinan de mí, Begoña? —inquirió Laura.

—No sé... Puede pertenecer a algún servicio secreto de un país perjudicado.

—Soy una espía, pero no soy exactamente lo que creen. Yo estoy buscando la posibilidad de realizar por mi cuenta, en mi país, y por motivos ideológicos, esos sabotajes registrados en otros puntos de América. ¿Me he explicado? Yo quiero ser cliente de Souhwan, dicho con toda claridad. Yo quiero preparar mis propios planes, mis propios sabotajes, y derrocar un régimen que me disgusta, en mi propio país. Yo pagaría también un millón de dólares por el explosivo suficiente. ¿Cree que a Souhwan puede interesarle?

Begoña no salía de su asombro.

—Pero... entonces, usted, en el buque, buscaba...

—Me enteraba de cosas. Quería saber a quién dirigirme. Sólo que por entonces desconocía a Souhwan —sonrió—. Fue una lástima. No hubiese escapado de la nave, de conocer la relación existente entre Souhwan y el buque que lo inspeccionaba.

—¿Y cómo lo ha sabido ahora? —inquirió Begoña.

Laura rió brevemente.

—Voy a sorprenderla —dijo—. Tengo a alguien en mi poder, que quizá interese a Souhwan.

—¿A quién se refiere?

—Es un agente del

F. B. I.

Un tal Braden.

Begoña pestañeó, más asombrada por momentos.

—Pero... ¡No es posible! —exclamó.

—Eso es fácil de comprobar, Begoña —dijo Laura.

Begoña realizó unos cálculos muy veloces. De pronto, todo se ponía de cara a ella, con viento a su favor. Si era cierto lo que afirmaba aquella mujer...

—Oiga, yo tal vez acepte sus planes —dijo— si a cambio me entrega a ese agente del

F. B. I.

Sin más condiciones, yo acepto lo que usted me proponga, si usted acepta cargar con la muerte de Discépolo, y me entrega al agente del

F. B. I.

Laura fingió vacilar unos instantes.

—Me conviene el trato —dijo—, pero yo aún no le voy a entregar a ese hombre. Primero, usted cumpla una parte del trato; hable con Souhwan, y consiga que éste acepte una entrevista conmigo.

—Sí, sí... estoy dispuesta... —dijo, excitada, Begoña—. Pero... ¿cómo sé que es cierto que tiene a Braden?

—Se lo demostraré. Podemos ir a verle. Sólo que... por el camino le vendaré los ojos, Begoña. Perdona el detalle, pero comprenda que he de tomar mis precauciones. Usted le verá. Entonces, prepararemos definitivamente el plan. Todo, por supuesto, normal, sólo que yo tomo precauciones. ¿Dispuesta?

—Desde luego. Quiero ver a Braden. Consideraré que es mi prisionero cuando yo le prepare esa entrevista con Souhwan.

—De completo acuerdo. A mí ese tipo no me sirve. Vamos.

CAPÍTULO VII

CONDUCIENDO el pequeño bólido, Laura no se había dado ninguna prisa; es más, había dado unas cuantas vueltas de más. Por fin, se había detenido frente a la puerta de un solitario «*bungalow*», en una avenida muy ancha, donde abundaban las quintas grandes, con muro y verja de hierro. Las plantas, los jardines, impedían incluso ver luces.

—¿Y dice que me ha seguido todo el día? —inquirió Begoña.

—Prácticamente... Por aquí.

—¿Por qué no me abordó antes? —inquirió Begoña—. Nunca actuó a la ligera. Yo, ahora, sé que si usted no colabora conmigo, puedo acusarla de la muerte de Discépolo, y de intento de fuga. Pero, repito, si nuestro trato resulta, usted vivirá tranquila. Pase... Ahora le quitaré la venda.

Entraron en una estancia, y Begoña percibió entonces, con algo más de intensidad, aquel olor que la perseguía desde hacía mucho rato. Un olor que no identificaba, pero que no resultaba desagradable. Pero olvidó lo del olfato, cuando Laura le quitó la venda. Tras unos parpadeos, Begoña pudo fijar la mirada en aquel hombre situado en un rincón de aquella estancia, un tipo atado y amordazado, que miraba a las dos mujeres con ojos de loco; aquellos ojos grises que lanzaban plomo derretido.

—¿Y bien? —inquirió Laura.

—Sí... Es él. Si yo le hubiese matado a su debido tiempo, me habría ahorrado muchas complicaciones —susurró Begoña.

—Puesto que le ha visto, salgamos de aquí, y concluyamos el plan —dijo Laura.

—Sí.

Aún miró a Quenton Braden, quien parecía morder rabioso la

mordaza.

Giró. No vio la seña, la brevísima sonrisa, que Laura dirigía al hombre del

F. B. I.

Realmente, para Quenton no había tenido la menor dificultad adelantarse a la llegada de las dos mujeres, amordazarse, y atarse luego de modo convencional, situándose en el rincón, acurrucado, y poner gesto de ira. Puro teatro sin obstáculos. Begoña seguía sin ser muy lista.

Y en cuanto las dos mujeres hubieron salido, el hombre del

F. B. I.,

liberó su mano derecha, para extraer un auricular que colocó en su oído. Seguiría amordazado y falsamente atado en tanto Begoña estuviera en el «*bungalow*». Pero oiría cómodamente cuánto hablasen ambas, ya que Laura tenía el repetidor en su bolso, con potencia y alcance más que suficientes.

—... ha de ser esta noche, Begoña.

—No existe el menor inconveniente.

—Sólo que, claro está, yo necesito alguna garantía de que Souhwan quiere oírme, y que, de vernos, de hablar esta noche, yo saldré del palacete. Es decir, de que no me considerará su enemiga, sino una aliada. Y más aún, un buen cliente.

—A Souhwan le interesa el dinero —dijo Begoña.

—Y espero que también la amistad... aunque sabemos que en nuestro mundillo es algo muy relativo... Ahora, Begoña, llame por teléfono.

—Sí.

Begoña fue hacia el aparato que había en aquella salita. Aunque estaba de espaldas a Laura, ésta, con una muequecita irónica, estaba adivinando todos los pensamientos de la cuarterona, que con el teléfono a la vista, con el número de aquel aparato en el disco, consideraba que no tendría la menor dificultad para llegar de nuevo allí, a pesar de los ojos vendados. Aquel número era más que suficiente para localizar el «*bungalow*». Y pensó que aquella muñeca espía se consideraba demasiado lista.

Marcó el número del palacete, y fue atendida por Wojtyla.

—¿Sí?

—Soy Begoña. Quiero hablar directamente con Souhwan,

Wojtyla.

—¿Importante?

—Puedes suponerlo.

—Bien... Espera.

Begoña, un poco tensa, esperó casi un minuto. Por fin, oyó la voz de Souhwan.

—¿De qué se trata, Begoña?

—Creo que son buenas noticias... Alguien quiere hacer un trato con usted, y además sé cómo localizar al agente del

F. B. I.

Lo tengo prácticamente en mis manos. Considero, de momento, más interesante el trato. Una entrevista ahora mismo.

—¿Con quién?

—Es... la mujer del buque.

Se produjo una pausa.

Begoña, esperaba, impaciente.

—¿Qué quiere esa mujer, Begoña? —Se oyó, por fin, la voz de Souhwan.

—Se lo expondrá personalmente. Sólo exige garantías de que podrá salir del palacete. Por supuesto, es un agente amigo; de otro modo, yo no hubiese escuchado.

—Ya... Venid, Begoña. Escucharé a esa mujer. En cuanto a las garantías... dile que debe comprender que depende más de ella que de mí mismo.

—De acuerdo, señor. Salimos hacia el palacete.

Y colgó el teléfono.

Laura la miraba fijamente, cuando inquirió.

—¿Qué hay de las garantías?

—Ha dicho que depende más de usted misma que de él.

—Bueno... hasta me parece lógico... Tendré que venderla de nuevo para salir de aquí, Begoña.

Begoña hasta se permitió una sonrisa. Tonterías. Tenía bien grabado el número de teléfono, y su localización era de lo más sencillo. Por tanto, no se opuso a ser vendada. Y bajo la guía de Laura, que fue apagando las luces, las dos mujeres salieron del «*bungalow*», hacia el auto. Se acomodaron, y Laura miró hacia atrás, donde estaba el hombre del

F. B. I.

Le sonrió, simplemente.

Puso el auto en marcha, buscando, entonces, el camino más corto hacia el palacete.

Begoña, muda todo el camino, pensaba en sus posibilidades. Si Laura cerraba el trato con Souhwan, lo más probable era que nada ocurriese. No obstante, si no se llegaba a un acuerdo, y Laura se constituía en un peligro, la propia Begoña tendría que encargarse de eliminarla; era cuestión de cerrar su boca, para que no hablase de Discépolo y de la intentona de fuga. Además, se congraciaba con Souhwan al ponerle en las manos al agente del

F. B. I.

El encuentro con Laura había sido afortunado, sí.

Begoña olfateaba aquel aroma que parecía perseguirla. Y de vez en cuando oía unos extraños zumbidos, que no sabía qué achacar; quizás algún defecto del motor del auto.

Pero aquello carecía de importancia, claro.

Había transcurrido un cuarto de hora, cuando el auto empezó a perder velocidad, hasta detenerse. Laura, antes de quitarle la venda a Begoña, se cercioró de que Quenton había saltado del coche; le vio agazapado, con algo en las manos, hasta que desapareció, en el bosquecillo próximo al palacete. Entonces, Laura le quitó la venda a Begoña.

—Ya es innecesaria —dijo.

—Siga, ésa es la rampa de entrada. La verja está casi siempre abierta.

Laura, antes de poner de nuevo el auto en marcha, vaciló un segundo. En realidad, iba a meterse en la ratonera... Disponía de buenas bazas, pero...

Zumbó de nuevo el motor, y el auto penetró en el recinto del palacete. Instantes más tarde, tras bordear setos y «parterres» como si fuese un laberinto, estrechamente vigilado, además, el auto se detenía a pocas yardas de entrada de la torre central, de la fortaleza de Souhwan.

El auto fue recibido por dos hombres, que disimulaban la presencia de sus armas.

Begoña dijo:

—Espere aquí un instante. Advertiré a Souhwan de su llegada.

Laura no despegó los labios.

Begoña se apeó y se dirigió hacia la entrada. Aquellos dos tipos ejercían una silenciosa vigilancia, pero Laura se limitaba a esperar, tranquilamente.

Poco después, Begoña pasaba a la estancia favorita de Souhwan, quien estaba contemplando sus peces, las manos a la espalda, reflexionando intensamente al parecer. Se volvió al oír a Begoña, que entró acompañada por Wojtyla. El coreano francés escrutó el rostro de Begoña.

—¿Ha llegado ella también? —inquirió.

—Sí, pero ahora se trata de lo siguiente; para capturar hombre del

F. B. I.,

basta localizar las señas del teléfono

98 775.

Allí está Braden, atado y amordazado. Yo no me tomaría muchas molestias. Basta con entrar, acribillarle, desaparecer.

98 775.

—¿Por qué no lo has hecho tú, Begoña?

—No he tenido la oportunidad.

—Bien. Ocupate de eso, Wojtyla. Dime, Begoña, ¿qué sabes de Discépolo?

—Esa mujer le mató. Creo que fue un error; pero creo que usted se lo perdonará. Ha tenido que superar muchos obstáculos para llegar hasta aquí.

Con cara impasible, Souhwan aceptó aquellas explicaciones, luego, miró a Wojtyla.

—¿Esperas algo más? —dijo—. Begoña ha sugerido algo inteligente; acribillad a Braden, sin más explicaciones.

Wojtyla desapareció, entonces. Lo recordaba:

98 775.

Una vez a solas, Souhwan dio unos paseos por la estancia. Por fin, se detuvo frente a Begoña.

—Trae a esa mujer —dijo.

Begoña salió de la estancia; apareció poco después en el exterior; hizo una seña desde la terraza principal, que fue captada por Laura. Y también por los vigilantes, que se pusieron en movimiento, mientras Laura abandonaba el auto, tras haber efectuado un leve movimiento con la mano derecha. Además, dejó

el cristal de la portezuela abajo, como con descuido, y las luces encendidas.

Se reunió con Begoña, pero los dos vigilantes le cerraron el paso en el vestíbulo. Laura arqueó una ceja.

—¿Ocurre algo? —inquirió—. ¿Una trampa, Begoña?

—No. Sólo quieren cerciorarse de que no lleva armas.

—Oh, ¿eso? —sonrió Laura.

En realidad, era muy fácil comprobarlo. Laura llevaba su minifalda oscura, un simple jersey amoldado al busto... Casi a simple vista podía comprobarse la ausencia de armas. Pero los dos tipos efectuaron su registro, y no convencional precisamente; pertenecían al sistema de protección de Souhwan, y estaban bien aleccionados al respecto.

Pasó a la estancia donde esperaba Souhwan. Los ojos del sapo se posaron en el rostro de Laura.

—¿Quiere sentarse? —invitó, con cortesía, Souhwan.

—Voy a ser breve.

—Aun así, por favor. Tú también, Begoña.

Las dos mujeres se sentaron en sendos sillones, frente a Souhwan que ocupaba su sitio tras el escritorio.

Laura, sin disimular su curiosidad, echó un vistazo en torno, descubriendo que incluso los cristales del ventanal eran irrompibles. Sintió un ligero escalofrío; en algunos momentos, se sentía desalentada sobre sus posibilidades a salir de allí, pese a que el plan estaba bien estudiado. Envío un recuerdo a Quenton y afrontó la situación. Era evidente que Souhwan esperaba que ella hablase primero.

—Yo también pago un millón de dólares por una carga, Souhwan —dijo, de pronto, y sin más preámbulos, Laura.

—Ha llegado a mi sensibilidad, pero quisiera aclarar antes algunos detalles, señorita...

—Laura Riaza. Bueno... —sonrió— es mi nombre guerra.

—Muy interesante, pero eso aún no explica gran cosa. Usted debe comprender que selecciono mis clientes señorita Riaza. Usted, además, ha llegado hasta mí con procedimientos... extraños a mi modo de hacer las cosas. Hasta la fecha, yo mismo me he procurado mis clientes. Clientes que he considerado interesantes.

—Eso no tiene el mejor significado, Souhwan. Comprenda que

después de los sabotajes registrados, servicios secretos de países de ideologías diversas se interesen por esos medios empleados. Por distintos caminos sin duda, usted está siendo un hombre buscado. Yo me considero afortunada por estar ante usted... y para decir toda la verdad, agrego que de usted sólo me interesa explosivo.

—No dispongo siempre que quiero de él.

—No importa. Si usted tiene una cartera de clientes considéreme en primer lugar para la próxima carga.

Nuestras relaciones, en realidad, serán muy breves y concretas; yo pago un millón de dólares, usted carga un buque que le enviaré y...

—No, no... No es tan sencillo, señorita Riaza. No se puede cargar cualquier buque con mi mercancía —sonrió el coreano.

—¿Tienen alguna particularidad especial?

—En primer lugar, han de ser buques cisterna, con receptáculos para líquidos. Y hay algo más; los depósitos han de estar preparados para alguna posible emergencia. Es una preparación sencilla, de todos modos.

—¿No puede ser más explícito? No es difícil conseguir un buque cisterna, pero yo debo saber exactamente en qué consiste esa sencilla preparación que usted indica. Además... perdone mi desconfianza, Souhwan, pero no acabo de entenderle. ¿Para qué se requiere un buque cisterna, si lo que se carga es polvo sólido?

El coreano parecía sentirse satisfecho en aquellos momentos.

—¿Ha pensado alguna vez en la facilidad con que esos buques llegan a su destino, sin ser descubiertos ni interceptados, señorita Riaza? —inquirió Souhwan.

—No son detectados, en efecto... Y admito que no hallo la explicación, ya que las cargas de amilosa en polvo son llamativas.

—Pues nunca, en ningún caso, serán descubiertas.

—¿No exagera su optimismo, Souhwan?

—En lo más mínimo. Ésa es la base de mi éxito. Diga. ¿Usted se habría interesado por esas cargas de explosivos, de otro modo? ¿Usted no me ha buscado por esa rara garantía que el explosivo será pasado al país de destino sin que sea descubierto?

—Eso es cierto... Se han producido varios sabotajes, con un elemento explosivo que se conoce, y pese a la estrecha vigilancia, el explosivo sigue entrando... No va a decirme s secreto, claro...

—Por supuesto que sí, señorita Riaza... Usted tiene que conocerlo, si adquiere una de mis cargas. Para preparar el buque, ha de conocer mi sistema, es obvio.

—Comprendo... es lógico. ¿Concretamos, entonces?

Souhwan, con una sonrisilla sin significado en su amarillento rostro, dijo suavemente.

—¿Tiene prisa, señorita Riaza?

—Digamos sólo que no veo la necesidad de complicar las cosas.

—Cierto... Sin embargo, creo haberle dicho que me aseguro de la idoneidad de mis clientes.

—¿Cree que yo no lo soy? ¿Para qué cree que pienso utilizar el explosivo?

—Podría luchar contra los enemigos de algún país imperialista.

—Yo soy adicta a Pekín.

—Oh...

—Tal vez sea suficiente una prueba; el hombre del

F. B. I.

—Desde luego, desde luego... Es casi convincente. Pero diga; ¿qué esperaba conseguir, teniéndole atado y amordazado?

—Nunca se sabe. Ser espía no significa ser un carnicero sin más, Souhwan.

—Tiene razón. ¿Puedo saber en qué país actúa usted?

—¿Qué más da? ¿Para qué tantas explicaciones? Por otra parte, tendría que proporcionarle toda una relación. No me muevo en un solo país. Sudamérica, en pleno, es mi centro de operaciones. No soy residente, si es lo que quiere saber. Mi célula está constantemente en movimiento.

—Es interesante. Así reducen las probabilidades de ser descubiertos.

—Exacto, Souhwan.

—Y tienen absoluta libertad y facilidad de movimientos.

—Sí. Y disponemos de toda clase de medios... entre ellos, el buque que usted considere necesario. ¿Va a explicármelo?

—¿Por qué no? Se trata de unas pequeñas modificaciones en los receptáculos de un buque cisterna común. Esas modificaciones consisten en unas salidas especiales de líquido, y le explicaré la utilidad, supongamos que el buque, por cualquier motivo, despierta sospechas. Es posible que sea rodeado, detenido... Entonces, lo

abordan, y van a examinar la carga. Pues bien; en esas modificaciones, el líquido ha sido expulsado y pasa directamente al mar, con el cual el registro resultaría infructuoso, y el buque podría seguir su marcha. Sin carga, cierto, pero todos en libertad, sin más obstáculos, sin pruebas. Como ve, no sólo me preocupo por la carga en sí, sino por la seguridad de mis clientes.

—Sí, ya veo... Pero es mejor que nunca registren ese buque —dijo, escéptica, Laura.

—¿Por qué?

—Porque en los depósitos siempre quedan restos. Por favor, Souhwan, dejemos las fantasías. ¿Cómo cree posible deshacerse de todo el polvo de amilosa?

—La asombraré ahora, señorita Riaza. Mi procedimiento, e infalibilidad, se basa en que, precisamente, en ese buque-cisterna no se carga nada sólido. Porque... es fácil, yo, antes he convertido la amilosa en un líquido.

El coreano buscó en el rostro de Laura la impresión que aquellas palabras, aquella revelación, le causaba.

Laura no tenía por qué disimular su sorpresa; además, comprendía por qué, la tarde anterior, había visto las mangas acopladas al buque, en operación de carga, mientras que el aceite seguía en los depósitos.

—Veo que ha comprendido el alcance de mis palabras, señorita Riaza.

—Creo que sí. Convierte la amilosa en líquido.

—Fusión, simplemente... No es difícil, si se poseen los elementos necesarios. Entonces, viaja como líquido; de ahí que nadie lo encuentre jamás. Al llegar al lugar de descarga el líquido es trasladado a un lugar conveniente, donde solidifica, sin más operación que dejarlo a temperatura ambiente; dejarlo sedimentar. Se convierte en un sólido y se transformación en polvo es fácil.

—Puedo ampliar hasta millón y medio mi trato Souhwan.

Souhwan emitió una risa.

—Está impresionada, señorita Riaza —dijo.

—Lo confieso... Pero... hay algo... Si detienen el buque lo registran, se vacían los depósitos con rapidez, y el líquido pasa, inofensivo, al mar. Yo insisto en que en esos depósitos quela un vacío sospechoso. Quienes registren el buque pueden hallar restos,

analizar, y descubrir que es amilosa líquida.

—Jamás.

—¿Quiere que llegue a los dos millones? —sonrió mordaz, Laura.

—Usted cada vez me interesa más —dijo el coreano, también con una sonrisa—. Lo que ocurre, señorita Rianza, es que el líquido de amilosa es de una densidad superior a la del agua. Se carga, primero, ese líquido, en los receptáculos. Y a continuación... y ésta es la base de todo, se carga aceite de cacao, de una densidad inferior a la del líquido de amilosa. ¿Resultado? El aceite de cacao queda encima; flota por encima de la amilosa. Entonces, quien registre, lo único que verá será aceite de cacao. Es todo. Resulta inútil cualquier esfuerzo por ver otra cosa; el aceite de cacao queda encima. Y si es aconsejable desprenderse del líquido de amilosa es tan sólo por si profundizaran, y tomaran medidas. Baja la amilosa, y el aceite queda en los receptáculos. Quienes nos hayan detenido, se marchan decepcionados, burlados.

—Le felicito, Souhwan.

—Muy amable...

Sonaba el teléfono en aquellos momentos.

CAPÍTULO VIII

LE abrió la puerta de la estancia; los dos vigilantes miraron a Souhwan, quien hizo un gesto, y tomó el aparato. Laura entendió que en ningún momento aquel coreano dejaba de estar protegido.

Souhwan tomó el teléfono.

—Diga.

—Soy Wojtyla.

—¿Qué sucede?

—Aquí no hay nadie.

—¿Estás seguro?

—Positivamente. Aunque ya serían demasiados errores, puede que Begoña se equivocara con el número de teléfono. En las señas localizadas no hay nadie. Es el

98 775.

¿Puedo comprobarlo?

Souhwan miró con mucha fijeza a Begoña. Ésta sintió miedo. Veía los fúnebres zopilotes aletear en las pupilas de Souhwan.

—¿Cuál es el número Begoña?

—El...

98 775...

Sin dar explicaciones a Begoña, Souhwan dijo por teléfono.

—Regresad.

Y colgó.

Begoña sentía la boca muy seca; parecía notar a su espalda el avance de los caimanes, con sus horrendas bocas muy abiertas.

—No hay nadie allí, Begoña —dijo Souhwan—. Ningún agente del

F. B. I.,

atado y amordazado.

Begoña miró a Laura. Ésta disimulaba también la preocupación que aquello le causaba. Era un contratiempo Begoña se había precipitado sin duda, al buscar congraciarse con Souhwan. Aquello podía complicar mucho las cosas.

—El hombre del F. B. I., ya no está en su «*bungalow*» —susurró Begoña.

Laura reaccionó; sonrió, irónica, entornando los ojos.

—Se ha pasado de lista, Begoña —dijo— para ser más exacta, diré que usted ha querido jugar sucio conmigo. Lo ha hecho. Y no me gusta el juego sucio. Creo que quedamos en que yo entregaría a ese Braden una vez concretado el trato o, por lo menos, concluida la entrevista, con Souhwan. Usted no ha cumplido.

—Yo...

—Querida Begoña, usted es una ingenua —cortó Laura irguiéndose, con un gesto furioso—. El número de teléfono que usted vio, no corresponde a la realidad... Es... un simple camuflaje que realizo por costumbre. ¿Comprende? Coloco un número falso sobre el auténtico. Usted, inteligente entre las inteligentes, lo vio, lo memorizó... y ha cometido un error. ¡No me extraña! Comete muchos.

—Entonces... ese teléfono...

—La verdad es que no tengo idea de a quien pueda corresponder. Pero no a mí «*bungalow*» es obvio.

—No la creo... Esto es una trampa.

—¿Qué trampa, Begoña? ¿Quién juega sucio?

—Usted... Sí... de alguna manera juega sucio. Es usted, sí. No es cierto que el disco sea falso.

—¿Por qué no le han encontrado, entonces?

—No lo sé... —Begoña, angustiada, miró a Souhwan, cuyo rostro se mostraba pétreo en aquellos momentos—. Souhwan... miente... Me ha metido en una trampa.

—Lo siento Begoña. Yo soy implacable —dijo Laura. Nunca permito una traición; nunca. Ni ese estúpido juego sucio. Usted debió esperar. Puesto que no lo ha hecho, sufra las consecuencias. Explíqueme a Souhwan cómo la sorprendí. Explique quién mató a Discépolo, y por qué. Confíese que estaba a punto de huir.

Begoña, con una palidez que parecía que iba a hacer transparente su rostro de un momento a otro, miraba a Souhwan y a

Laura. Estaba claro que Begoña hubiera querido fundirse, convertirse en mueble... En cuanto a Laura, expectante, notando que la sensación de angustia empezaba a atenazarla, miraba en todas direcciones, casi sin disimulo.

—Estoy esperando, Begoña —dijo por fin Souhwan—. ¿Es cierto todo eso?

—Y—yo... yo tenía miedo... Ella me...

—Yo soy una espía, Begoña —cortó Laura—. En cambio, si me permito dudar de su eficacia en ese cometido.

—Y yo también... Yo también, Begoña —dijo Souhwan.

Sin que Begoña pudiera despegar los labios, el coreano-francés dio unas palmadas.

Al instante, se abrió la puerta y los dos vigilantes armados, aparecieron en la estancia. Souhwan se puso en pie, mientras los dos hombres avanzaban. El tipo señalaba a Begoña con un dedo. Los dos hombres quedaron detrás de Begoña. Luego, Souhwan giró hacia Laura. Ésta sólo hacía que mirar hacia la puerta de la estancia, abierta de par en par en aquellos momentos. Pero no ocurría nada...

—En cuanto a usted, señorita Riaza, persistiendo ciertas dudas, permítame reflexionar.

—¿Por qué duda? Lo único que he hecho ha sido buscar el medio de entrevistarme con usted.

—En apariencia, así es. Pero..., soy hombre desconfiado receloso. ¿Comprende?

—No, Souhwan... No lo comprendo. Mi juego está claro. No he dicho una sola mentira.

—Lo comprobaremos. Usted con mis hombres, irá a lugar donde realmente tiene al agente del

F. B. I.

—Bien, no tengo inconveniente.

Begoña miraba a Laura como si ésta fuese un monstruo. Era una espía tan precavida, que incluso cambiaba falsificaba, el disco del teléfono... Begoña, en realidad ignoraba que Laura poseía una enorme capacidad de improvisación. Era mentira, ciertamente. Pero a Laura sólo le interesaba salir de allí.

Y el plan de Quenton estaba fracasando...

Laura, por giros inesperados de la situación, saldría de allí de

modo imprevisto, pero con un fracaso total, puesto que Souhwan seguiría con vida...

—Estoy dispuesta a ir con su gente cuanto antes, Souhwan —remachó Laura.

—Perfecto. Pero antes, quiero que contemple algo, por si le fuese útil en algún momento.

Hizo una seña.

Los dos tipos, entonces, se abalanzaron sobre Begoña, atrapándola, poniéndola en pie, y luego, en volandas, ante el desesperado pataleo de ella, la conducían hacia la pared corrediza, hacia los caimanes. Souhwan, miró a Laura.

—No se lo pierda —dijo—. Camine, por favor.

—¿Qué va a...?

—Ya lo verá. Usted tiene razón; Begoña es todo lo contrario a una espía eficaz. Y estaba advertida. Tiene que morir.

Laura, sin comprender, miraba hacia la pared. Begoña estaba casi pegada de cara a ella, retorciéndose, queriendo morder a aquellos hombres, chillando histéricamente, Tratando de retroceder...

Laura miraba hacia la puerta, hacia el techo...

¡Sí!

—Sí, un zumbido...

¡El zumbido!

Por fin...

Pero sintió un ramalazo de miedo, pensando en otros detalles. Quenton le había explicado todo perfectamente, pero el tiempo pasaba, y un pequeño error de cálculo sería fatal... Más zumbidos, sí... Y ya se veían los mosquitos...

Estaban acudiendo hacia ella, y hacia Begoña. Varios mosquitos... Eran bastante grandes; una longitud total de casi un centímetro; mosquitos que parecían ciegos, que daban vueltas... Entraban más; no podían calcularse... Acudían a la luz, por supuesto, ya que aquella puerta se había abierto, por fin...

Ante el zumbido, un tanto insólito, todos miraban a los mosquitos. Algunos se habían posado sobre Begoña y Laura, pero huían...

Ocurrió de pronto.

Uno de los tipos que sujetaba a Begoña, la soltó lanzando un

gruñido, para asestarse un manotazo en el cuello, y aplastar al impertinente mosquito que le había picado. Y se asestó otro manotazo a continuación.

Y el otro tipo igual. Y Begoña al sentirse libre, sin entender lo que ocurría, aprovechó la oportunidad para echar a correr en dirección a la puerta.

Begoña, en verdad, jamás había tenido ideas claras. Le habían colocado unos fajos de billetes en las manos, y eso la cegó; siguió un camino peligroso, tortuoso, que no conducía a parte alguna... Estaba llegando a la puerta cuando uno de aquellos hombres apretó el gatillo de su automática por dos veces.

Alcanzada en la espalda, Begoña, con una mancha oscura en su minivestido rojo fue derribada, y resbaló varias yarda; por el finísimo mosaico, hasta quedar inmóvil, de bruces.

De súbito, uno de los tipos, con un extraño y ronco grito, se desplomó.

Souhwan, sin comprender lo que estaba ocurriendo retrocedía.

Los mosquitos aún rondaban por la pared donde había estado Begoña, y cerca de Laura.

Ante la atónita mirada del coreano, difícil de alterar, el segundo de sus vigilantes caía, quedando con los ojos abiertos, y la boca torcida, en una mueca de dolor congelada para siempre en su rostro.

Laura, entonces, mientras que Souhwan, chillando al recibir el picotazo de un mosquito corría hacia el escritorio, para empuñar un arma, se precipitó hacia una de las pistolas caídas en el suelo, y la empuñó; a continuación, una veloz carrera la condujo hacia la puerta de la estancia, que cerró por dentro, quedando aislada con Souhwan.

El coreano-francés, aturdido por los inesperados acontecimientos estaba sacando su arma, cuando la que empuñaba Laura tronó. Souhwan vio saltar dos dedos por el aire; con la mano llena de sangre aún se aplastó un mosquito que tenía en el cuello.

Laura silenciosa se acercaba a él; mirándole con mucha fijeza.

Souhwan se sentía acorralado.

—Éste es un gran momento para mí, Souhwan —musitó Laura, por fin—. Podría dispararle tranquilamente, acabar con usted... Pero es demasiado fácil. Aún es más fácil dejar que muera a

consecuencia de esas picaduras...

—No sabe lo que dice...

—¿Por qué cree que han muerto esos hombres?

Souhwan, con los zopilotes en los ojos, miró a los dos vigilantes muertos, y a Laura.

Ella alargaba la mano izquierda, con algo en la palma; una píldora diminuta, de color rosa.

—Le aconsejo que se trague esta píldora; inmediatamente, Souhwan. Y le diré por qué le salvo de morir aquí, ahora, porque yo quiero salir de este palacete, de esta ratonera. ¿Comprende? Y usted me va a sacar. Tómela, o es hombre muerto.

Souhwan no vaciló más; tomó la píldora, y la ingirió.

Jadeaba.

Miraba hacia la puerta, por la ventana.

¿Por qué no corrían en su ayuda, para protegerle?

—Algún otro hombre habrá muerto a consecuencia de las picaduras de esos mosquitos. Solté un centenar antes de entrar aquí, Souhwan. Los tenía en el auto, en una caja especial; la abrí al aparearme, y dejé la ventanilla abierta. Van a la luz, ya lo sabe...

—No la creo... ¡No es posible...!

—Por lo visto, cree que sólo usted es hombre de recursos Souhwan.

—¡Son mosquitos inofensivos! Los conozco... Son de tipo «Icneumon». Característicos..., la longitud, los dos pares de alas... ¡Son inofensivos!

—No lo crea. Por el contrario, son muy venenosos. Quisiera aclarar, ante todo, que el mérito no es mío. Es de un hombre muy inteligente, llamado Quenton Braden, de que usted ignora muchas cosas, que tendré mucho gusto e explicarle. Y si está pensando que pierdo el tiempo en su favor, se equivoca. Los cien mosquitos serán los verdugos.

El rostro de Souhwan parecía una aceituna arrugada.

—No es posible... Simples mosquitos...

—Extraordinario en verdad. Yo misma dudaba de que el plan del hombre del

F. B. I.,

diera resultado... Y no me mire así, Souhwan; nunca he sido enemiga de Quenton Braden todo fue fingido, para engañar a

Begoña. Avergüenza un poco pensar lo fácil que ha sido... —Miró el cadáver de Begoña, con una pizca de conmiseración.

—Aún quedan varios hombres en el exterior...

—Y usted y yo aquí dentro, y, lo que es más importante para mí, Quenton Braden fuera..., y cien mosquitos. Fue idea de Quenton. Me lo explicó. En Washington ordenaron el exterminio de Jean Kim Souhwan; de usted.

Le proporcionaron una maqueta, una reproducción exacta de esta fortaleza, y Quenton estudió durante dos días el modo de entrar..., hasta que desistió. Es decir, podía entrar, pero las dificultades estaban a la salida, muy problemática, por no decir imposible. Quenton tuvo que emplear un día más en cambiar de táctica; él no podía entrar, pero sí podían hacerlo seres diminutos... En efecto, mosquitos Icneumon. Pero no inofensivos, sino con un veneno inoculado; un veneno mortal para hombres.

Souhwan estaba asombrado.

Laura sonrió, y dijo:

—¿No había pensado que tarde o temprano debería enfrentarse a un hombre de la talla de Quenton Braden?

—Mentira... ¿Por qué a usted no le pican esos... insectos...? —jadeó Souhwan.

—¿Debo repetirlo? Quenton Braden es un hombre inteligente. Expuso sus deseos en los Laboratorios del

F. B. I.,

y no sólo le prepararon los mosquitos inoculados con veneno mortal, sino que, al mismo tiempo, crearon una crema especial; digamos... un cebo para esos mosquitos; una crema que, extendida por el cuerpo, es percibida por ellos, acuden... Esa crema les atrae, de momento; luego les repele... Entonces, es cuando pican a su alrededor. Begoña, observe, tampoco ha sido picada; queríamos salvar su vida, para obtener aún más datos de los que poseemos... Ya no es necesario. Por supuesto, también Braden y yo estamos embadurnados con esa crema.

El coreano-francés dilató las fosas nasales... Sí el olor. Lo había percibido... Pero como no resultaba desagradable, ni sospechoso, lo olvidó pronto; un perfume más de mujer...

—Sin embargo esa crema, Souhwan, tiene unos efectos limitados, como esa píldora de contraveneno, que Quenton pidió,

por razones obvias. Podía transcurrir el plazo del efecto de la crema. Además, era ya angustioso el problema del tiempo, porque esos mosquitos están al borde de la muerte; dentro de unas horas, ni uno solo quedará con vida... Para nosotros era muy urgente llegar hasta usted. Quenton, por una razón; libres esos mosquitos, podría hacer mucho daño en personas inocentes.

Souhwan parecía ir reaccionando.

—Diga, ¿cómo piensa salir de aquí usted? —inquirió.

—¿No se considera un buen rehén, Souhwan?

El tipo vaciló.

—Tal vez. Pero no esperen de mí más datos, ni...

—Es muy poco ya lo que necesitamos. Espero que no se niegue a hacernos un último favor.

—¿A qué se refiere?

—Cállese ahora —dijo Laura.

—¿Qué le pasa? ¿Está nerviosa?

Laura no le hizo caso.

Esperaba una señal, algo... Estaba inquieta por Quenton.

Allí, por los jardines, en las construcciones que protegían el palacete, en las ventanas, colándose por rendijas, estarían los mosquitos. No obstante, tal vez no fuese suficiente...

Se acercó al ventanal de cristal irrompible, y se asomó prudentemente, sin ver nada importante; sólo un retazo de jardín. Por fin, miró a Souhwan, apuntándole.

—Si dentro de cinco minutos no tengo noticias de Quenton, morirá, Souhwan —musitó.

CAPÍTULO IX

AQUELLA noche parecía una más; todo era igual. Calor, humedad, vigilancia, aburrimiento... Eso, en apariencia. Todo empezó cuando un tipo que estaba con la ventana abierta, con un rifle con mira telescópica en las rodillas, se asestó un manotazo en el cuello, y masculló.

—¡Malditos mosquitos...!

Se oyó una risa, y alguien, en la misma casa de vigilancia, dijo:

—Son casi como aviones, los muy... —Y se asestó un—
manotazo, a su vez, detrás del oído izquierdo.

—Deberíamos apagar la luz.

—Sí, eso voy a hacer...

Se apagó la luz.

Oían zumbar unos mosquitos, quizás huyendo de la oscuridad, por la ventana abierta. Y uno musitó:

—Me mareo, George...

Silencio.

—¡George!

El tipo que había dicho que se mareaba, se puso en pie tambaleándose, y se acercó a la silla donde estaba George junto a la ventana.

—George, estúpido, no bromees... —masculló.

Le hizo girar, y George cayó al suelo, con una mueca en su boca, abiertos los ojos, sin vista. El tipo, sudoroso retrocedió; tropezó con un mueble, pero siguió se retroceso, hasta tocar un teléfono; era interior, sólo tenía que descolgar. Se puso el auricular en el oído, e iba a decir algo, pero sólo brotó de su garganta un grito ronco... Luego rodó por el suelo, arrastrando el aparato.

Apenas había transcurrido un minuto, cuando dos hombres

entraron en la casa, armados, con la alarma pintada en el rostro; encendieron la luz. Uno de ellos maldijo y se asestó un manotazo en pleno rostro. El otro miraba, incrédulo, aquellos dos cadáveres.

El que aún rascaba la picadura reciente del mosquito dijo:

—Corre a avisar a control, Paul. ¡Corre! Algo está ocurriendo.

El tal Paul, sin más echó a correr. Ni siquiera tuvo tiempo de ver al otro sacudiéndose más mosquitos, y caer luego al suelo, muerto.

Paul en su veloz carrera, llegó a la construcción desde cual, por lo visto, se controlaba la vigilancia del palacete del coreano.

—¡Rápido, algo está ocurriendo! —gritó, asomándose apenas.

Los dos hombres que había en la casa, se pusieron en pie. Uno de ellos, el jefe de la vigilancia, dijo:

—Echa un vistazo, Ginés. Comunicad inmediatamente lo que sea.

—Bien.

Paul y Ginés salieron de allí, a la carrera, mientras el jefe de la vigilancia, asomado a la ventana, trataba de ver algo, de comprender a qué venía aquella agitación. Por lo pronto, no parecía tratarse de una alarma general, pero eran malos signos...

Decidió, entonces, no confiarse, y averiguar por sí mismo las razones de aquella excitación. Estaba en el vestíbulo de la construcción cuando vio la sombra; la siguiente noción que tuvo de que alguien extraño había entrado, fue un seco y durísimo puñetazo en el estómago, que le dejó encogido, maltrecho, con el rostro demudado; fue asido por los cabellos, éstos eran retorcidos; se sentía dominado...

—Adentro. Vamos, adentro... —Oyó.

Fue zarandeado, empujado; hasta que quedó en el interior de la primera estancia. Inmediatamente, Quenton Braden apagó la luz.

—¿Cómo... cómo ha entrado...? ¿Cómo...?

—Hasta aquí, no es difícil —gruñó Quenton—. Lo peor es llegar al palacete. Y más dudoso aún, salir. ¿Cómo puedo comunicar con el interior del palacete?

El tipo parecía que iba a resistirse, pero Quenton, que no pensaba admitir la menor pérdida de tiempo, le asestó un certero golpe en la ingle derecha; le dejó como en plena agonía, con enormes gotas de sudor en el rostro.

—¿Cómo me ha dicho? —Gruñó Quenton.

—E... el... el teléfono... Marque el 01...

—Magnífico... ¿Y qué es esto?

El hombre del

F. B. I.,

estaba señalando un tablero, en el que parecía haber un cuadro de mandos, algún control. El tipo lo miraba con ojos agónicos.

—¿Ha olvidado lo que es? —masculló Quenton.

—Es... el control de la verja de entrada...

—¿Qué clase de control?

—Se trata de unas células fotoeléctricas... Sólo las activamos cuando lo ordena el señor Souhwan... Las células fotoeléctricas, si están activadas, achicharran cualquier cosa que atravesase la verja; lo mismo a un hombre, que... que a...

—¿Están activadas?

—No... Sólo si lo ordena el jefe...

—¿Cómo lo hace? ¿Qué palanca toca? ¿Qué botón?

—E... el... el verde; y la palanca de la derecha...

—¿Así?

—Sí... Pero ¿qué significa...?

—Venga asome.

El hombre del

F. B. I.,

alargó la zurda, atrapó al tipo por la pechera de aquella camisa oscura, le clavó el cañón del arma en el cuello, y le obligó a asomar, lo suficiente para que viera aquel espectáculo. Por lo menos, Quenton, lo esperaba, porque los faros del auto indicaban que éste ya estaba muy cerca, ascendiendo por la rampa, y que no tardaría en atravesar la verja.

Y fue en aquel momento.

Cuando el morro del coche entró en el campo de acción de las células fotoeléctricas.

Se produjo una especie de relámpago; vivísimo. Una luz azulada, y luego una especie de chisporroteo. Lo último, fue una tremenda explosión, acompañada por una llamarada; por lo visto, el depósito de combustible del auto había sufrido las consecuencias. Quizás alguien, más adelante, se entretuviera en buscar lo que quedase de Wojtyla y Ketelby, los ocupantes del coche.

Quenton no se entretuvo más; asestó un fortísimo golpe a aquel

tipo en el centro de la frente, fulminándole. No se molestó en retirarle del marco de la ventana, donde había quedado doblado. Entonces, Quenton, notando que el sudor se le enfriaba en todo el cuerpo, fue hacia el teléfono, y marcó el 01.

Parecía estar con la respiración en suspenso; llegó la respuesta. La voz de Souhwan no parecía muy firme:

—Dime, Hugo...

—No soy Hugo. Quiero hablar con Laura.

Hubo un instante de silencio.

Quenton, achicados los ojos, esperaba, sintiendo una tensión insoportable. Por fin, oyó aquella voz:

—¿Quenton?

Respiró con fuerza; le brotó el sudor copiosamente, entonces.

—Muñeca..., ¿cómo estás? —susurró.

—Estupendamente.

—¿Es la verdad?

—¡Pues claro!

—¿Sabes una cosa? Debo estar loco... Jamás me perdonaré haber permitido que entrases ahí...

—Tenía muchas garantías, Quenton...

—¡Garantías! No, no... Me embaucaste, pero la culpa es mía...

—Ha salido bien, cariño... Muy bien.

—¿Cómo está ahí la situación?

—Estamos solos Souhwan y yo. Begoña ha muerto. La crema sigue funcionando. A Souhwan he preferido conservarle aún con vida, por si le necesitamos como rehén, y le he administrado el contraveneno.

—Bien, bien...

—¿Qué fue la explosión? —inquirió Laura...

—Mandé dos tipos al infierno. Oh, por cierto...

Giró, mientras hablaba, y miró hacia el tablero; no podía olvidar desconectar las células asesinas, por si habían de salir por aquella verja.

—¿Quenton? ¿Qué decías?

—No importa. Voy a entrar, Laura.

—Cuidado... Queda mucha gente ahí fuera.

—No tanta cómo crees. Estos mosquitos gastan la broma bien gorda —rió, brevemente, el hombre del

F. B. I.

—. Hasta ahora. Tardaré sólo cinco minutos. Si pasa un segundo, convence a Souhwan para que interceda por mí. Y si ya no puedes evitar lo peor para mí, haz que su cabeza ruede. ¿O. K., nena?

—Yo lo que quiero es que tú vengas...

—¿De veras?

—Oh, no te burles ahora...

—Recuerda, cinco minutos...

Colgó el teléfono.

Se acercó al tablero de controles, y desconectó las células fotoeléctricas. Luego, miró al tal Hugo, y le asestó un nuevo golpe, más duro que el anterior, y en la coronilla, al ver que empezaba a agitarse; además, encendió la luz. Los mosquitos, si era necesario, harían el resto.

Luego, salió al exterior. Les bastaba dar un rodeo por entre los setos. Oía voces, exclamaciones. Por lo visto, los acontecimientos estaban sorprendiendo aun a los vigilantes, que, como uno solo, habían corrido al lugar de la explosión. Tras las deliberaciones, era obvio, irían a ver a Hugo. Cuando llegaran, el hombre del

F. B. I.,

estaría ya entrando en el palacete.

Efectivamente. Y muy bien recibido, además, ya que, aunque rodeada de mosquitos, pero sonriente, feliz, Laura estaba en la puerta, con el coreano-francés a su lado, con su mirada insondable quieta en el rostro de Quenton.

—Adentro —dijo Quenton.

Entraron, Laura cerró la puerta, y luego mostró los labios al hombre del

F. B. I.,

quien la besó brevemente, pero con suavidad, con calor; unos mosquitos revoloteaban cerca de las respectivas narices.

Luego, Quenton miró a Souhwan.

—Debo decirle, en primer lugar, que su vigilancia, en estos momentos, consta sólo de cuatro o cinco hombres muy desconcertados. Dentro de unos minutos, o segundos, recibirá una llamada. Responda, e indique, ordene expresamente, que toda la vigilancia sea por el exterior; que nadie moleste aquí. ¿De acuerdo, Souhwan?

Aún vibraba la voz de Quenton, cuando sonó el teléfono.

—Eres admirable, querido —rió Laura.

—No tanto como tú, pequeña. Nunca había pasado tanto miedo... Estaba desesperado ahí fuera...

—Salió bien, ya ves. Begoña se precipitó un poco, pero gracias a eso los mosquitos entraron a tiempo. Simpáticos bichos, ¿no?

—Repugnante; los soñaré cien años.

—¿Tanto? —inquirió, con una sonrisilla, Laura.

Quenton no respondió. Estaba hablando Souhwan en aquellos momentos.

—... por el exterior, y telefonead para decirme qué ocurre.

—Es muy peligroso... Hemos llegado a la conclusión de que, independientemente de la explosión, son los mosquitos los responsables de esas muertes... Sólo quedamos cuatro...

—¡Pues seguid ahí fuera, vigilando! —estalló Souhwan.

—No sea cruel —musitó Quenton—. Dícales que se refugien, a oscuras, para no ser víctimas de los mosquitos.

El coreano dudó un instante, pero no tenía alternativa; no había nada a su alcance que pudiera dar un giro a aquella inesperada situación, causada por unos mosquitos..., aunque estaría mejor decir que había sido provocada por el cerebro de un hombre, que durante tres días en Washington, pensó sobre la forma de que allí entrase la muerte.

—Meteos en una casa, y apagad las luces —murmuró Souhwan—. Es la manera de evitar los mosquitos...

Y colgó.

Quenton, sonriendo, miró a Laura.

—¿No es maravilloso, muñeca? —dijo.

—Lo es, pero no perdamos tiempo; el buque debe estar alejándose de estas aguas, Quenton.

—Muy cierto. ¿Cuándo zarpó?

—No sé. No he hablado de eso con Souhwan. Ya te contaré de qué medios se vale para que el explosivo no sea hallado, ni aun durante un minucioso registro. Un sistema en verdad ingenioso, Quenton. Tanto como lo pueda ser lo de tus pequeños asesinos... De veras.

Quenton miró al coreano.

—Siéntese, Souhwan —dijo.

El pequeño amarillo se sentó; parecía tener más apariencia en el sillón; en pie, parecía un pobre muñeco feo que se iba arrugando.

—¿Cuál es el destino del buque? —inquirió Quenton.

El tipo no despegó los labios.

Quenton no quería perder más tiempo; permanecer allí era demasiado peligroso y desagradable, puesto que la crema sólo tenía efectos de duración limitada. Lo único que resultaba consolador era que ya se veían también mosquitos en el suelo, muertos; aquellos pequeños asesinos morían también, por fortuna.

Por tanto, asestó un seco revés en pleno rostro de Souhwan. Por lo visto, aquel tipo también tenía la sangre roja; empezó a manchar su boca, que parecía una negra caverna, cuando la abrió para decir:

—Estados Unidos...

—Lo dice con un tono... desagradable; como si eso significara una venganza contra mí. ¿Cree que no podré hacer detener ese buque?

El tipo no respondió.

—Diga, ¿cuándo ha zarpado? —inquirió Quenton.

—Esta tarde... A las tres.

—Ya... Estará, pues, a unas... ciento veinte millas de aquí. O ciento cincuenta. Eso, como máximo. No está demasiado lejos. ¿Ruta?

—Caribe. Hacia el norte, canal de la Mona, Bahamas, y costas orientales de su país —dijo Souhwan.

—Ya... Supongo, Souhwan, que usted, para alguna emergencia, dispone de algún medio para salir de aquí a la máxima velocidad posible. ¿No es así?

—No.

—Creo que miente. He estudiado muy bien este recinto. Existe un lugar que tiene todos los visos de ser un hangar en miniatura. Imagino que sólo dispone de un helicóptero, pero..., creo que servirá. Nos vamos.

Souhwan no se movía.

Laura seguía apuntándole con la automática. Quenton fue más expedito; alargó las manos, y le atrapó por las solapas de la elegante chaqueta; le puso en pie de un tirón, le asestó un golpe, y le obligó a marchar con un humillante puntapié.

—Perdone mi desconsiderado trato, Souhwan, pero hay cosas

que no olvido jamás; recuerdo muy bien lo de los cinco hombres asesinados, hallados en una barca de pesca, a la deriva. De buena gana le preguntaría por el final de Ponzano y Sandra Gyss, pero..., cual haya sido, será vengado.

Souhwan, por unos instantes, miró hacia la compuerta de los caimanes.

Luego, casi lloró, al dejar abandonados a sus pececitos de colores.

Pero, por cierto, sí era humillante el trato que recibía, y si algo detestaba el coreano-francés era perder la compostura; no quería recibir más bofetones ni patadas. Echó andar.

—Relájate, Laura —dijo Quenton—. Estaremos solos ahí fuera. La gente que queda estará bien a oscuras, en cualquier casa. Confieso una cosa; no esperaba tanto de mis pequeños asesinos... Me causaban algunas molestias con sus zumbidos furiosos, e incluso estuve tentado de ahogarlos a todos en el mar, arrojando la caja al agua...

Ya estaban fuera.

Nadie.

Ni un movimiento.

Sólo zumbidos, de los pequeños asesinos supervivientes; quizás algunos vivieran todavía veinticuatro horas más, pero no saldrían de la zona, donde aún percibían el atrayente olor de la crema.

—Hacia el hangar —dijo Quenton.

Souhwan echó a andar en primer lugar; seguía Laura, y, por último, Quenton. Éste no quería cometer un desliz en aquellos momentos en que estaba palpando el éxito. En alguna de aquellas casas sin luz estarían los supervivientes, pero no daban señales de vida.

Llegaron al pequeño hangar, y penetraron a oscuras; sólo ya en el interior Quenton ordenó a Souhwan que encendiera alguna luz.

A la claridad, se hizo visible aquel aparato; un helicóptero de suficiente potencia, y con autonomía bastante amplia.

—¿Está preparado? —inquirió Quenton.

—Debería estarlo... Son mis órdenes. La emergencia se produce en el momento más inesperado —musitó Souhwan.

—Usted es un gran previsor, Souhwan. Pero ha fracasado. Ocupate de vigilarle, Laura. Echaré un vistazo a ese aparato.

—Bien.

Laura estaba tranquila; por lo menos, en apariencia; en momento alguno la delataba algún gesto, ningún tic nervioso...

Se dedicó a vigilar a Souhwan, mientras que el hombre del F. B. I.,

examinaba las partes más importantes del helicóptero. Un examen que realizó en pocos minutos. Luego dijo:

—Todo en orden, parece perfecto. Suba, Souhwan. Tú detrás, Laura... Antes, Souhwan, diga: ¿cómo sale el aparato?

—Se abre el techo...

—Actúe.

El coreano-francés vaciló unos segundos.

—¡Actúe! —ordenó, secamente, Quenton.

Souhwan tuvo que obedecer; un resorte partía en dos el techo; dejaba una gran abertura, por la que el helicóptero podía ascender sin obstáculos. Un minuto más tarde, estaban todos acomodados, y Laura suspiraba, mirando las estrellas... Magníficas estrellas... Y ya estaban un poco más cerca, al elevarse el helicóptero. Se oyó la voz de Quenton:

—Estoy pensando que necesito algo más... Bien; buscaré.

CAPÍTULO X

SE veía la negra superficie del mar; algunas nubes, de las que se forman rápidamente, por sorpresa, impedían la luna. Todo era oscuro abajo, aunque se percibía el movimiento de las aguas.

El silencio de varios minutos lo truncó Quenton inquiriendo:

—¿Está seguro de no habernos engañado, Souhwan? E buque debería estar por esta zona... Y yo no veo rastro. ¿Y usted?

—Yo sé que zarpó a las tres de la tarde, y que se dirige directamente al Canal de la Mona, entre Puerto Rico y República Dominicana. Ésas son mis noticias...

—¿Pudieron mentirle...?

—Cabe... Claro que cabe. Ellos no están obligados a decirme la verdad...

—Ya... Como sea, ese buque no llegará a su destino.

Souhwan se encogió de hombros.

—A usted ya no le importa lo que pueda ocurrir, claro —dijo.

—No...

De súbito, se oyó la exclamación de Laura.

—¡A la izquierda, Quenton! ¡Desciende un poco!

Quenton maniobró con rapidez, siguiendo las indicaciones de Laura, que tenía unos prismáticos en las manos.

—Sí, veo las luces... Un poco más cerca, Quenton. Nos verán, pero...

—No te preocupes por eso, Laura. Llevamos radio. Quizás Souhwan pueda confiarles; de todos modos, la única posición ventajosa aquí es la nuestra. ¿Es el buque, Laura?

—Desde luego... No hay error.

—Magnífico. ¿Hay señales de que hemos sido descubiertos?

—Sí, gente en cubierta.

—Diga, Souhwan —ordenó Quenton—. ¿Llevan armas?

—Lo ignoro...

—No me refiero a pistolas, sino a armas de alcance; tanto como para poder derribarnos.

—No lo sé —masculló Souhwan.

Quenton rió breve, sordamente, y dijo:

—Aun así, vamos a acercarnos; correremos el riesgo. Atención, Laura, voy a dar una pasada. Atenta a lo que veas.

Laura, detrás de Quenton se limitó a afirmar con su silencio, muy atenta al buque, que ya casi tenían debajo. Con los prismáticos, descubrió que había no menos de media docena de hombres en cubierta; estaban agrupados, y miraban al cielo. No se veía en sus manos arma de alcance alguna; si producían impresión de desconcierto.

El helicóptero se remontó, alejándose un poco.

—¿Laura? —inquirió Quenton.

—Yo creo que no tenemos obstáculos.

—Bien. Voy a iniciar las pasadas. Querida...

—¿Sí?

—Procura no fallar. Me costó bastante dar con esos artefactos.

—No temas. De niña, cada pedrada a un sapo era blanco seguro —rió Laura.

—Excelente. ¿Preparada?

—Por mí, cuando quieras.

—Allá voy, entonces.

El helicóptero describió una semicirculo, descendiendo. Se acercó de nuevo al buque; en vuelo bastante bajo, para evitar que se perdiera el material conseguido antes de salir de la isla. Laura, en efecto, estaba preparada; sin el menor nerviosismo había arrancado la espoleta de aquella granada y esperó hasta poder arrojarla en proa, con toda seguridad de hacer blanco.

—¡Arriba! —gritó.

Arrojó la granada, y el helicóptero ascendió, en vertical.

En el mar, justo debajo del helicóptero, se produjo una fuerte explosión; al instante, grandes llamas se alzaban en la parte de proa. Llamas que empezaron a aclarar las tinieblas de aquella zona. Llamas que mostraban el mar, con un resplandor rojizo. Asimismo y pese a la altura, el resplandor permitía ver a una serie de figuras,

moviéndose por cubierta.

—Buen lanzamiento, Laura. ¿Volvemos?

—Abajo.

La segunda pasada pareció aterrar a la gente del buque en unos instantes, dejó de verse gente en cubierta.

Alguien, sin embargo, disparaba con rifle, pero los proyectiles no hicieron blanco en el helicóptero, que siguió su camino, su pasada, para que Laura, con absoluta calma arrancara la segunda espoleta, y lanzara la correspondiente granada incendiaria, aquella vez en el centro del buque, en palos y portantes.

—Parece que no llevan armas para replicarnos, Quenton —dijo Laura.

—Alguna vez habíamos de tener ventaja. Bien pensado por otra parte, me parece lógico que no lleven armas de alcance; en un registro se verían muy comprometidos para explicar la presencia de tales en el buque. Ahora, quisiera saber qué estará ocurriendo con los líquidos. Hable Souhwan.

—Si se hunde el barco, se hunde todo...

—Sin medios para recuperar el explosivo.

—Sabe que no... Se diluirá en el agua del mar...

—Fantástico. ¿Dispuesta, Laura?

—Cuando quieras.

—Hay que abrir una vía de agua; ese buque quiero hundirlo, en sus manos arma de alcance alguna; ni producían impresión de desconcierto.

—Bien.

De nuevo abajo.

La cubierta del buque, de proa al centro, parecía un infierno. Y un nuevo infierno se abrió, cuando la tercera granada incendiaria llegó a su destino, al maderamen de popa, que ardería con toda facilidad.

—Esa gente puede salvarse arriando botes, Quenton —dijo Laura.

—Más les valdría hacerlo inmediatamente, en lugar de correr como alucinados por cubierta —gruñó Quenton—. No pienso impedir que se salven. Es decir..., tampoco tenemos la suficiente fuerza como para evitarlo. Y las matanzas en masa no es lo mío..., a menos que sea imprescindible. Vuelvo abajo Laura.

Ella no dijo nada.

Lo suyo era morder la espoleta, apuntar, y lanzar la granada.

Blanco.

La cuarta granada cayó en cubierta, y el barco, en realidad, no era más que una pura llama en medio del mar navegando sin sentido. Por lo demás, Laura, mientras el helicóptero ascendía de nuevo, observaba con los prismáticos.

—Por fin se han decidido por los botes, Quenton —dijo.

—Me parece bien. Las llamas serán vistas; ésta es una zona de tránsito... Cuando lleguen en su ayuda, tendrán que dar explicaciones que nosotros destruiremos luego. Lo menos que merecen es la cárcel. Pero..., estoy pensando algo, Laura. ¿Tú no ayudarías a tus amigos?

—Siempre lo he hecho. Es básico. Por principios, incluso a veces por interés propio... En fin, jamás, por ningún concepto, hay que abandonar a un amigo e peligro.

—Ésa es mi opinión también. ¿Y la suya, Souhwan?

Silencio.

Laura y Quenton le miraban.

Al coreano-francés parecía no hacerle mella el clarísimo desprecio con que era observado.

—Parece que no le gusta la idea de ayudar a sus amigos, Quenton —musitó Laura.

—Habrás que darle una pequeña lección; una más. La última. Nunca abandone para explicar la presencia de tales en el buque. Ahora, quisiera saber qué estarán...

—Está... está loco... —jadeó el coreano.

—Salte, Souhwan. Abajo hay agua, gente y botes. Quién sabe... Hasta podría tener suerte, ¿no le parece? A mis manos, su muerte es segura. Abajo... Pruebe. Ahora mismo. Salte, y colabore con esa gente.

El pequeño coreano parecía querer empotrarse en el asiento que ocupaba.

Miraba hacia el buque en llamas con desesperación.

—Es una oportunidad para usted, Souhwan. La única —dijo Quenton.

—No... no saltaré... Máteme ahora...

—Como quiera.

Quenton, de pronto, soltando la zurda, agarró por los cabellos al coreano-francés, alzándole casi en vilo; era en verdad esmirriado el tipo. Laura, impasible su rostro de muñeca, colaboró con el hombre del

F. B. I.

Para eso habían expuesto su vida; para acabar con aquel perro criminal.

Laura fue empujando al tipo, que manoteaba, chillando de miedo, asomado a la ventanilla. Quenton soltó los cabellos, y empujó.

Y a volar.

—Feliz viaje... —Gruñó Quenton.

Laura miraba con los prismáticos.

—¿Qué? —inquirió Quenton.

—Pues... No es que haya tenido mucha suerte, Quenton... —susurró la joven.

—¿No?

—Ha... ha caído en el centro del...

—No lo digas, querida. ¿Nos vamos?

—No creo que nos quede algo por hacer aquí. El buque, eso puedes comprobar a simple vista, empieza a hundirse.

—Me parece bien. Las llamas serán vistas; ésta es una zona de tránsito...

Ella no respondió.

Dos segundos más tarde, sonriendo, estaba junto al hombre del

F. B. I.

El helicóptero se iba alejando de aquellas llamas que se hundían. Parecía, ya muy a lo lejos, la simple llamita de un fósforo, que pronto se apagaría.

Pero Quenton y Laura no miraban; no miraban nada. Ni sentían ya el menor interés. Se prestaban atención mutua; es decir..., se estaban besando.

Hacía ya varios segundos.

Laura se separó de pronto, y casi gritó:

—¡Nos estrellamos, Quenton!

El helicóptero estaba a unas pocas yardas del agua, y Quenton maniobró con rapidez, elevándose, soltando un bufido. Luego, gruñó:

—¿Puedes pasar atrás, muñeca?

Laura rió, aliviada.

—Me gusta que me consideres peligrosa, Quenton —dijo.

—Demasiado... Por cierto, algo ocurre...

—No gastes bromas, Quenton.

—Se trata de encontrar algún islote. Y pronto. O aterrizamos, o... no creo que lo pasáramos muy bien en el agua...

—También prefiero el islote —dijo, con voz un poco relamida, Laura.

Pájaros, sol, un cielo azul, soledad...

En la orilla de aquella diminuta playa se gozaba de una calma perfecta, de un ambiente insuperable. Aquellas pequeñas olas, el inmenso mar delante... Nada a la vista. Nada en el horizonte. Detrás de ellos, en un claro rodeado de cocoteros y plantas tropicales de enormes hojas, estaba el helicóptero, sin combustible.

Laura suspiró; se removió un poco entre los brazos de Quenton.

Se miraron a los ojos, y ella sonrió.

—Estás muy barbudo, Quenton —dijo.

—Debes perdonarme... Espero que todo lo desagradable acabe en mi barba. Este miserable islote ni siquiera debe estar en los mapas.

—No lo creo. El Caribe está bien explorado.

—No sé...

De súbito, Laura, con los ojos muy abiertos, se irguió; se deshizo del abrazo de Quenton.

—¿Sucede algo? ¿Ves algo? —inquirió el hombre del F. B. I.

—¡La radio! —Casi gritó Laura.

—¿La... radio...?

—¡La radio del helicóptero! Oh..., no lo comprendo... ¿Cómo no hemos pensado antes, Quenton?

Quenton carraspeó.

—Pues es verdad... ¿Cómo no habremos pensado? —Gruñó.

Laura pestañeó.

Empezó a apretar la boquita.

Quenton la miraba, un poco vacilante, a la expectativa.

—Eres un tramposo... ¡Un tramposo! Tú sí habías pensado en la radio, Quenton...

—Bueno, nena, yo... ¿Demonios, tanto te molesta eso? Está bien llamaré. Pensé que... No importa. Veo que me he equivocado.

Se puso en pie, y dio unas zancadas hacia el helicóptero, con rapidez, elevándose, soltando un bufido. Luego, gruñó:

—Quenton... Quenton, perdóname... En realidad ha sido maravilloso, de veras. Y me alegro de tu pequeña trampa... —Casi gemía.

El giró, antes de subir a la cabina del helicóptero; miraba, ceñudo a Laura.

—Pero puesto que ya está descubierta, no tiene objeto —dijo—. Sería hacernos trampas a nosotros mismos ya no hay engaño para nadie, y...

—Por favor, Quenton...

Se pegó a él.

Dejó que le brillaran los labios al sol.

Y el cabello, que era agitado por la brisa.

—Pues..., se acabó el juego, y... —Seguía Quenton.

—Puede volver a empezar, de otro modo. ¿Sí, cariño?

—Yo...

—Escucha esto, Quenton, hay que llamar. Hemos de salir de aquí, e informar, cada uno, a su respectiva Superioridad. Eso es... el deber. Sé que lo comprendes. Después del deber... Después, nosotros, Quenton. ¿De acuerdo?

—Está bien.

Quenton pasó a la cabina.

Manipulaba con la radio, para conectar una onda distinta. Miró a Laura, e inquirió:

—¿Te importa ser rescatada por los servicios estadounidenses que vengan a por mí?

—Sabes que no, Quenton... Y veo que no me perdonas. Quenton gruñó algo.

Siguió manipulando, hasta dar con la onda que le pondría en comunicación con la Delegación del

F. B. I.,

en San Juan de Puerto Rico. Y, en efecto, logró ser oído, captado, y vibró la respuesta:

—Delegación San Juan a la escucha.

—Atención. Soy W —02, en misión en el Caribe. Me encuentro

aislado en un islote situado a ciento veinte millas sur sudeste del Paso de La Mona.

—Será identificado, W —02, y cuente con nosotros para dentro de una hora y media como máximo. ¿Necesita algún socorro especial? ¿Se encuentra bien? Cambio.

—Nada especial. Oh, sí... Una navaja de afeitar. Y me encuentro perfectamente. Cambio.

—Si no agrega nada más, cerramos. Cambio.

—Es todo. Cambio y fuera.

Cortó.

Buscó por los bolsillos, hasta encontrar un arrugado paquete de cigarrillos. Miró a Laura; ella, a su vez, le miraba con mucha fijeza. Quenton descendió, y, silencioso, encendió dos cigarrillos, uno de los cuales dejó entre los labios de Laura.

—Siento tanto mi reacción, Quenton... Confiaba tanto en ti, que no podía esperar eso... Además, insisto: tú y yo debíamos regresar.

—Está bien, Laura.

—Dime..., ¿ha cambiado algo entre nosotros?

Él la miró a los ojos; consiguió una sonrisa, y dijo:

—¿Recuerdas, Laura...? Hablábamos del nombre del juego; de ese juego entre tú y yo. Me pediste que no te lo dijera.

—Lo recuerdo.

—¿Puedo decírtelo ya?

—Te lo ruego.

—El nombre del juego es amor.

—Quenton...

—Y..., en ese juego, es muy difícil, por no decir imposible, que cambie algo. ¿Estamos de acuerdo?

Laura suspiró profundamente.

—Del todo... Por completo, Quenton... —susurró luego.

Y él estaba quieto, en pie, mirándola.

Laura esperaba algo que no se producía.

De pronto, Laura lanzó un grito, y se abalanzó hacia los brazos de Quenton, quien la estrechó, desconcertado, mirando en torno, un poco tenso, como si existiera peligro.

—Laura, ¿qué...?

—¡Mosquitos, Quenton!

Quenton frunció el ceño. Luego, se echó a reír.

Laura, pegada a él, reta también.

—Pequeña tramposa... —susurró Quenton.

Dejaron de reír, de hablar...

Mientras se besaban, y al unísono, se estremecieron. Tal vez estaban pensando en los pequeños asesinos...

FIN

• JEAN •
• JEAN •
• JEAN •
• JEAN •

Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S. W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)



